

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
Tesis Licenciatura en Sociología

La Muerte Escondida.
Evolución de la mentalidad occidental en la forma de
vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000)

Martín Llanes
Tutora: Verónica Filardo

2008

Índice:

I) Morir es un proceso.....	1
II) La muerte es un hecho sociocultural.....	1
1) Los ritos.....	4
III) Evolución de las ideas y las prácticas en torno a la muerte en Occidente.....	6
1) Idea del destino colectivo de la especie.....	7
2) La muerte propia.....	8
3) La muerte del otro.....	9
IV) La muerte en los comienzos del Uruguay independiente.....	11
V) La "Muerte escondida": un siglo y medio de encubrimiento.....	15
1) De la muerte colectiva a la muerte individual.....	16
2) La medicalización de la muerte.....	18
3) La muerte en la lengua occidental contemporánea.....	21
4) La victoria de la naturaleza.....	23
VI) La muerte en el Uruguay moderno.....	24
1) El proceso de medicalización en el Uruguay.....	26
2) De la consolidación del estado a la desaparición de la muerte de la escena pública.....	28
VII) Los cementerios parque: un claro ejemplo de negación.....	30
1) Caracterización de los cementerios parque.....	31
2) Entorno digno y natural: "la metáfora de la negación".....	33
3) La moralidad exógena.....	34
4) De la estratificación a la exclusión social.....	36
VIII) Conclusión.....	38

033841

Introducción:

El objetivo de este trabajo es mostrar los grandes cambios en la forma occidental moderna de vivir la muerte a partir de la segunda mitad del siglo XIX y analizar que variaciones se produjeron en las actitudes ante la muerte en el Uruguay de larga duración.

Cada sociedad, y cada grupo a la interna de éstas, forja una idea de la muerte y regula las conductas que serán socialmente aceptadas en respuesta a la misma. Durante miles de años las sociedades han creado sistemas de creencias en el intento de exorcizar la muerte, de vencer el rechazo, el miedo y la angustia que ésta provoca. Algunos grupos sepultaban sus muertos, otros los momificaban, había quienes los quemaban y quienes los comían.

En Occidente, comprendido en este trabajo como la sociedad europea y la americana post proceso colonizador, la muerte ha sido durante casi dos milenios aceptada como el destino inevitable de la vida y merecedora de innumerables ritos cargados con un gran simbolismo y una doble finalidad: ayudar al muerto en su pasaje al más allá, y por otro lado, lo más importante, ayudar a los vivos a superar la angustia del momento. A pesar de ser un hecho individual la muerte se vivía como un hecho colectivo, la comunidad entera participaba de este momento acompañando al moribundo en sus últimos instantes de vida y a sus supervivientes en el tiempo que proseguía.

A lo largo de muchos siglos la Iglesia Católica fue poseedora del dominio de la muerte sabedora de su utilidad para el control social y la promotora de un conjunto de ideas que fue moldeando las actitudes ante la muerte. La doctrina de “la supervivencia del alma” en otra forma de vida más allá de la terrenal fue el instrumento de mayor peso para el dominio de los individuos que buscaban la salvación por intermedio del mantenimiento de las conductas tipificadas como aceptables por el catolicismo.

La variación de las creencias tranquilizadoras y los usos y costumbres fúnebres, desde los orígenes de la cristiandad hasta el comienzo de la modernidad, ha sido muy lenta y lineal. A partir de la segunda mitad del siglo XIX asistimos a una verdadera revolución en la mentalidad, a la precipitación de grandes cambios que acabarían con la concepción milenaria de la muerte y la erradicarían del ámbito público. El proceso creciente de secularización y el advenimiento del positivismo, la industrialización, la tecnificación, y la hegemonía del sistema capitalista de producción, sirvieron de contexto para el progresivo vaciado de contenido simbólico de los ritos, la desaparición del duelo y el luto de los espacios públicos, a la mercantilización de la muerte sin mostrarla, a su creciente estratificación, a la medicalización como único criterio de validez, a la “muerte escondida”.

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

El Uruguay no escapa a este proceso y tuvo también su punto de inflexión a partir del advenimiento de lo que José Pedro Barrán llamó “la cultura civilizada” en detrimento del fin de “la barbarie”. Desde la visión disciplinadora de la cultura civilizada, la muerte debía perder el rasgo lúdico y toda asociación a la fiesta, características que constituían un desafío al poder, para pasar a ser majestuosa y bella. El Uruguay moderno y urbano acabaría con las antiguas prácticas e iría tejiendo una matriz social europeizada que no tardaría en asumir conductas que disociarían progresivamente a la muerte de la vida cotidiana. En 1993 se inauguran en el Uruguay los primeros cementerios parque: de este modo el país incorpora uno de los más claros exponentes de la negación de la muerte moderna.

I) Morir es un Proceso:

Comúnmente tendemos a asociar al hecho de morir con el momento en que las funciones vitales del cuerpo se detienen. Sin embargo, la muerte constituye un proceso, no un instante. Ciertamente existen muertes súbitas, en el sentido de que su final acontece de golpe y por causas exógenas como puede ser en un accidente de tránsito, muertes que no obedecen a este normal proceso, pero que en última instancia, llegan al mismo desenlace sin previo proceso. Es que no hay escape, todos los caminos conducen al mismo final. Desde nuestra gestación estamos luchando contra la muerte una batalla que estamos destinados a perder. El morir coexiste con nuestra vida. Es la muerte la que nos pone un marco temporal que condiciona nuestra vida en el tiempo que nos toca.

La vida *“Se define como el conjunto de funciones que resisten a la muerte, es también el tiempo que demoramos en morir”*.¹ Tenemos una definición de Vida que depende directamente de su par antagónico-complementario “Muerte.” ¿Pero como definir lo que es Morir? Podríamos decir que es la derrota de las funciones que resisten a la muerte pero vayamos un poco más allá: si lo vemos desde la ciencia, acaparadora de todo el saber y el poder sobre la muerte en la actualidad, diremos que *es un proceso de degradación celular que acompaña a los procesos vitales desde nuestra formación y que desemboca en la detención irrevocable de las funciones vitales, especialmente del corazón, del cerebro y los pulmones. La muerte continúa su obra después del último suspiro: se da un proceso muy lento de destrucción del cadáver que comienza con la muerte de las células nerviosas y concluye con la parte ósea años después dependiendo este período de las condiciones del lugar donde el cuerpo yace.*

II) La Muerte es un Hecho Sociocultural:

Como veremos la muerte es mucho más que el proceso de morir. Existe una enorme variedad de significaciones relacionadas a la muerte siempre condicionadas por el espacio y el tiempo de cada sociedad, y dentro de éstas, por la sensibilidad de cada grupo. En estos tiempos que corren, en este mundo cada vez más científico y medicalizado, la forma de abordar el tema de la muerte está estrechamente ligada a una visión de hecho individual y biológico.

Como todo fenómeno social las formas de concebir, asumir y reaccionar ante la

¹ Louis-Vincent Thomas “La Muerte, una lectura cultural”, Paidós Studio 1991. Pág. 24.

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

muerte son dinámicas por lo que son fruto de un larguísimo proceso de transformaciones en la historia de Occidente. Por muchos siglos la muerte ha sido, tanto en lo singular como en lo colectivo, competencia de la iglesia católica. Desde esa institución se impulsó el miedo a la muerte y la creencia tranquilizadora de la posibilidad de una vida más allá de la muerte, “la muerte de la muerte”. Eran los curas quienes llevaban consuelo a moribundos y a familiares y era en las parroquias en donde se enterraba y se llevaban los registros de defunciones. El avance científico y técnico, los cambios en ciertas estructuras sociales, sobre todo en la familia, el advenimiento del capitalismo, el consumismo y la persecución de la rentabilidad han pautado la creciente desacralización y desnaturalización de la muerte. Así, ésta pasa a ser en la actualidad competencia del Estado y de la medicina que se encarna en una lucha por vencerla, a veces de modos extremistas.

Si bien la experiencia de la muerte es patrimonio de los seres singularizados, la muerte puede definirse como un hecho social. *“No solamente en razón de que, por vía de la historia, de la tradición, del recuerdo, la sociedad está constituida por más muertos que vivientes, según la observación célebre de A. Comte, sino también porque el acto de morir - con todo lo que él implica- se convierte antes que nada en una realidad sociocultural. (...) La tipología de las formas de morir o de los difuntos, la significación del deceso y de los ritos funerarios, el tratamiento de los cadáveres y luego de las osamentas, las conductas de la aflicción y del duelo, las “profesiones de la muerte” (fabricantes de ataúdes, sepultureros, empleados de funerarias, plañideras, hoy los servicios tanatológicos), la sublimación de ciertos difuntos y el nacimiento del espíritu religioso (o solamente del culto de los antepasados), constituyen hechos socioculturales cuya lectura a la vez comprensiva y crítica, enriquece el saber antropológico”*²

La Muerte es objeto de sociología. El profesor Daniel Vidart resume de buena manera su carácter social: *“La muerte, segadora de personas individuales, constituye al mismo tiempo el colectivo telón de fondo sobre el cuál se recortan la identidad cultural y la originalidad creadora de las sociedades estratificadas. Cada clase social, que es también un horizonte cultural, exhibe una distinta concepción y asunción de la muerte. (...) La muerte surge como una kratofama, como una mostración del poder que todo lo puede en cada uno de los peldaños de la escala sociocultural. Cuando ese poder se manifiesta, entonces los poderes transitivos de los hombres son segados y nivelados por la guadaña cósmica de “La Señora”.*³ Vidart relaciona la manera de *concebir y asumir la muerte* a la realidad social de los individuos: nos introduce a la idea de **concepción estratificada de la muerte**. Se

² Louis Vincent Thomas “Antropología de la muerte”, Payot , 1975, Paris. Pág. 53.

³ Daniel Vidart “Para una antropología de la Muerte”, Revista de Trabajo Social Uruguay, Año I N° 4

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

muere como ser humano pero también como rico o pobre, como opresor o dominado. La muerte igualadora no tiene efectos retroactivos, no puede *“invadir la vida y modificar las relaciones de producción y las injusticias e iniquidades pergeñadas por los hombres en su milenaria pugna de poder.”*⁴

La manera de percibir la muerte, cómo nos la representamos, mediante qué imágenes y símbolos, tiene que ver con las categorías de entendimiento racional de cada tiempo y cada contexto social. Nuestra conciencia, que no tiene experiencia de su propia muerte, vive con una figura empírica de la muerte, figura aprehendida por la inteligencia. Lo que llegamos a conocer no es nuestra muerte sino la muerte del otro. La destrucción total que la muerte ejerce sobre los sujetos no variará en función de la conciencia de éstos pero la forma de vivir esta destrucción en el otro o la agonía de nuestra propia muerte -que nos acompaña durante todo nuestro tiempo en este mundo-, dependerá del momento histórico, de la sociedad, de la clase social y de la cultura. La imagen y las representaciones que tengamos de la muerte será entonces de origen social, estando éstas condicionadas por nuestra experiencia de clase, de religión, de cultura, de edad. Jean Ziegler, sociólogo suizo, también adscribe a la idea de estratificación de la muerte: *“La imagen de la muerte, las representaciones que los hombres se hacen de ella, son necesariamente de origen social, por lo tanto investidas, trabajadas, colmadas por la experiencia de edad, de clase, de región, de clima, de cultura, de lucha y de utopía. La imagen de la muerte es una imagen estratificada.”* Y agrega: *“(…) la muerte es un suceso tachado de ambigüedad: natural, trasclasicista, como el nacimiento, la sexualidad, el hambre, la sed o la risa: social, como cualquier episodio de la praxis humana; pero también cultural, percibido, vivido bajo una apariencia que debe servir para explicarlo y para justificarlo. Aquí ponemos el dedo sobre el mecanismo cultural. Este suceso llega a todos los hombres, de todas las clases y de todas las naciones, pero les llega en situaciones sociales específicas, está determinado para cada hombre según su dependencia de clase, de familia, de nación, de cultura y de religión. Cada hombre piensa su muerte y la de los suyos, cada hombre muere su muerte, y esa muerte, irreducible a ninguna otra, está ampliamente predeterminada.”*⁵

Como Vidart, Ziegler explica que la muerte no es retroactiva, por lo que no modifica las condiciones de vida de los individuos ni sus relaciones de producción previas a la muerte, e incluso va un poco más lejos al plantear que la propia muerte es reflejo de las diferencias que la estratificación social plantea. *“Ahora bien, oigo decir que la muerte es natural, que ante ella todos los hombres son iguales. Es que al decir eso, el discurso atribuye a la muerte*

⁴ Idem.

⁵ Jean Ziegler “Los vivos y la muerte”, Siglo XXI Editores, 1976. Pág. 150.

*significaciones universales, trascendentes con relación a las prácticas reales de la muerte, que sirven para justificar la muerte como natural, por lo tanto para ocultar la ausencia de igualdad frente a la muerte, para disfrazar la desigualdad de las oportunidades de vida de los hombres, para hacerlas aceptar como naturales (la fatalidad), es decir, a fin de cuentas, para hacer aparecer como natural e inevitable un sistema de vida fundado en la desigualdad.”*⁶ Desde el punto de vista fisiológico no representa ninguna diferencia morir en un sitio u otro, o perteneciendo a tal o cuál grupo social, pero las causas y las repercusiones de dicha muerte pueden ser muy diferentes en función del contexto sociocultural. No es igual nacer en el África subsahariana donde la esperanza de vida es mucho más baja y el índice de mortalidad infantil es muy alto, que nacer en uno de los países del “primer mundo”. Tampoco es indiferente el hecho de vivir en un país en guerra donde la amenaza de muerte está constantemente presente. La muerte no iguala a un niño muerto por inanición con un anciano que vivió sin mayores sobresaltos hasta sus últimos suspiros. Si entendemos a la muerte como un proceso veremos que la muerte de uno y otro no los iguala sino que los diferencia. Los diferencia por sus padecimientos, por sus desiguales posibilidades de acceso a la atención médica, por la injusticia de tener una esperanza de vida que puede ser tan baja si se nace en determinados lugares.

Además la muerte en cada sitio será percibida de acuerdo a su contexto ¿Podemos entonces hablar de una muerte igualadora? ¿no deberíamos en vez referirnos a diferentes muertes entendidas según su contexto social, cultural y económico? Estas diferencias en las “prácticas de la muerte” ponen de manifiesto las inequidades de este mundo.

II.2. Los ritos:

En función del contexto sociocultural de cada momento histórico surgirá entonces la figura empírica de la muerte que las conciencias individuales aprehenderán, siendo a partir de éstas que se moldearán las diferentes respuestas. A pesar de que morir representa una experiencia única -en el sentido de que es singular, intransferible e inexplicable a partir de experiencias personales- las respuestas, los ritos, las prácticas, las costumbres y los mitos que se generan como consecuencia son construcciones sociales pasibles de ser examinadas por las ciencias sociales y la revisión histórica. Dichas reacciones tienden a ser estables dentro de una sociedad en particular aunque esto no significa que las costumbres y las creencias funerarias no se modifiquen. Por lo general tales cambios implicaban antiguamente grandes resistencias, sobre todo por parte de los sectores más conservadores. Esta tendencia sufrirá grandes cambios a partir de la modernidad como veremos más adelante.

⁶ Idem.

La diversidad de reacciones culturales son siempre significativas, nunca azarosas y dan cuenta del impacto que la muerte produce universalmente. *“La muerte es una sola en la condición humana y es múltiple en las ceremonias que las variables de los usos y costumbres, imperantes en las sociedades históricas imponen a los momentos que la anteceden o la preceden.”*⁷ Insisto en que la muerte es un asunto colectivo aunque se nos presente como algo individual: tanto el moribundo como los supervivientes conocen las costumbres que la sociedad a la que pertenece ha moldeado y por ello son aceptadas con resignación o con convicción las exigencias de los ritos de paso.

Las Ciencias Sociales no pueden explicar que es la muerte, ni pueden responder a las numerosas preguntas existenciales que surgen a partir de ésta. A lo que las ciencias sociales deben apuntar es a la “idea de la muerte” y a las respuestas que surgen a partir de esta idea. Los ritos surgen como respuesta al aniquilamiento de la individualidad: estos expresan y exorcizan el trauma provocado por la muerte *“Los funerales, y esto en todas las sociedades sapienciales conocidas, traducen al mismo tiempo una crisis y la superación de tal crisis, por una parte el desgarramiento y la angustia, y por la otra la esperanza y el consuelo.”*⁸

Por Rito entenderemos, siguiendo la definición de Louis Vincent-Thomas, *“(…) todas las conductas corporales más o menos estereotipadas, a veces codificadas e institucionalizadas, que se basan necesariamente en un conjunto complejo de símbolos y de creencias”*. Y por Ritos Funerarios: *“Son comportamientos variados que reflejan los afectos más profundos y supuestamente guían al difunto en su destino post mortem, tienen como objetivo fundamental superar la angustia de muerte de los sobrevivientes”*.⁹

Vincent-Thomas explica la doble finalidad de las costumbres funerarias: por un lado, desde el punto de vista del discurso manifiesto, le otorga un lugar y un rol al difunto, le da continuidad a su vida. Desde el punto de vista latente el ritual tiene como destino el superviviente, la comunidad de supervivientes. Su principal finalidad consiste en revitalizar, aliviar sentimientos de culpa, consolar, tranquilizar.

Socialmente reglamentado, el ritual funerario responde a las necesidades del inconsciente, prolongando en el plano de la acción, los mecanismos de defensa que el reino de lo imaginario hace intervenir para amoldarse al temor de la muerte. Las personas creen y dicen que honran al muerto, por lo que la escenografía que se establece denota respeto y reconocimiento al difunto, pero también circunscribe la muerte a un lugar delimitado.

Los ritos funerarios giran siempre en torno al cadáver: las prácticas funerarias están destinadas al encubrimiento de la podredumbre del cuerpo. El horror que produce un cuerpo

⁷ “Para una Antropología de la Muerte” Daniel Vidart, Revista de Trabajo Social Uruguay, Año I N° 4

⁸ “Los vivos y la muerte” Jean Ziegler, Siglo XXI Editores, 1976. Pág. 146

⁹ “La Muerte, una lectura cultural” Louis-Vincent Thomas, Paidós Studio, 1991. Pág 115.

en descomposición está fuertemente asociado con la pérdida de individualidad. Edgar Morin plantea que el horror que produce la descomposición de los cadáveres tiene mucha implicancia en el tratamiento funerario de los mismos. Muchas prácticas funerarias y post-funerarias tienden a protegerse de la muerte contagiosa y del muerto en su estado de putrefacción. Este horror ante la descomposición no es más que el horror que produce la pérdida de individualidad. Un cadáver en descomposición es un muerto sin individualidad, frente al mismo no hay más que indiferencia y simple malestar.

Las prácticas funerarias, de las cuales los entierros suelen ser una parte muy relevante, se sitúan entre el momento de la muerte y el de la adquisición de la inmortalidad (en el sentido de afirmación de la individualidad más allá de la muerte). Son un conjunto de prácticas que a la vez consagran y determinan el cambio de estado del muerto e institucionalizan un conjunto de emociones que una muerte provoca en el círculo de los vivos. Las manifestaciones emocionales que se producen son consecuencia de la exaltación colectiva que se produce en cualquier ceremonia sagrada.

En la actualidad tienden a imponerse en los ritos funerarios preocupaciones de tipo higiénico, la muerte aséptica. Si bien existen fundamentos fuertes a nivel médico, más aún si se trata de una muerte por epidemia, lo que se esconde en el fondo y en nombre de la higiene es el horror que la muerte produce, el pavor ante la máxima de las pérdidas, ante el fin absoluto.

III) Evolución de las ideas y las prácticas en torno a la muerte en Occidente

La historia de occidente nos muestra como los hombres han ido cambiando el modo de concebir la muerte de modo lineal y moderado a lo largo de miles de años, y como a partir de la modernidad se produce una marcada y abrupta discontinuidad.

III.1. Idea de destino colectivo de la especie:

Los hombres de las **sociedades arcaicas** concibieron una muerte-renacimiento de donde surge la idea de que los desaparecidos viven en otra parte su propia vida. El carácter contagioso que para ellos tenía la muerte les impresionaba por lo que elaboraron una multiplicidad de ritos con una doble función: detener el contagio sugerido por la descomposición del cadáver por un lado, favorecer el pasaje del difunto a su otra vida por el otro. Las conductas tranquilizadoras estaban en el centro de la vida y la exigencia de

inmortalidad constituía la garantía mayor, la certidumbre absoluta.

El cristianismo heredó esas creencias en la sobrevivencia del alma y las extendió hasta la eternidad. Para dicha doctrina, la muerte física es seguida de un reposo necesario para aguardar la resurrección en otro mundo diferente y superior a éste. Cabe resaltar que la idea de la vida eterna, la doctrina de la supervivencia del alma, son un modo de “matar la muerte”, *“una forma de control social y de poder a través de la exigencia de sacrificio en esta vida y el chantaje de la recompensa en la otra”* como Jean Baudrillard decía en la primera edición de “El interaccionismo Simbólico y la muerte,” hace ya más de 30 años *“Romper la unión de los muertos y de los vivos, romper el intercambio de la vida y la muerte, desintrincar la vida de la muerte e imponer a la muerte y a los muertos la prohibición, este es el primer punto de emergencia del control social. El poder sólo es posible si la muerte no es libre, si los muertos quedan bajo vigilancia, en espera del confinamiento futuro de la vida entera. Esta es la Ley fundamental, y el poder es el guardián de las puertas de esta Ley. La represión fundamental no es la de los impulsos inconscientes, de una energía cualquiera, de una libido, y no es antropológica; es la represión de la muerte, y es social, en el sentido de que ella es la que ejecuta el viraje hacia la socialización represiva de la vida.”*¹⁰

Baudrillard explica que el poder sacerdotal está fundado, antes que nada en el monopolio de la muerte y en el control exclusivo de las relaciones con los muertos. El poder se establece sobre la mediación obligada de los sacerdotes en el pasaje de los muertos al más allá, en el intercambio entre la vida y la muerte, poder que luego se alimenta también de otros elementos como la separación y la consiguiente intermediación entre cuerpo y alma, la de lo masculino y lo femenino, entre el bien y el mal, etc. Este monopolio del poder de la Iglesia basado en el control de la muerte se extendería durante casi dos milenios hasta que la modernidad teñida de secularización debilita gravemente los cimientos del gran metarelativo de la inmortalidad.

Desde la Antigüedad hasta la temprana Edad Media, la actitud dominante frente a la muerte era de espera tranquila, familiar y resignada. Se tendía a creer que la muerte es un hecho natural que acompaña la vida, que debía ser aceptada con resignación. *“El hombre experimentaba en la muerte una de las grandes leyes de la especie y no procuraba ni escapar de ella ni exaltarla. Simplemente la aceptaba con la justa solemnidad que convenía para marcar las grandes etapas que toda vida debía franquear siempre”*¹¹ Gracias a esta idea de destino colectivo de la especie la muerte no era un drama individual,

¹⁰ Jean Baudrillard “El intercambio simbólico y la muerte”, Editorial Monte Ávila, Caracas, 1992. Pág. 149.

¹¹ Philippe Ariès “Historia de la muerte en Occidente: de la Edad Media hasta nuestros días”, El Acantilado, Barcelona, 2000. Pág. 44.

sino que involucraba a toda la comunidad. Quién sabía que iba a morir esperaba en su lecho rodeado de familiares, amigos, niños, etc. El propio moribundo presidía la ceremonia pública y organizada que la muerte constituía. Los ritos eran aceptados y celebrados de modo ceremonial, pero sin un gran carácter dramático. Esta manera de aceptar la muerte y vivirla colectivamente, de trascenderla con una vida en el más allá, de amortiguarla con ritos de fuertes cargas simbólicas, es llamada por Philippe Ariés “Muerte Domesticada”. El autor ubica esta forma de vivir la muerte entre el siglo I y el X de nuestra era.

Los restos eran confiados a la Iglesia y poco importaba su destinación exacta siempre y cuando quedaran dentro del recinto de la Iglesia y, si era posible, dentro del propio templo, mejor aún si era cerca del altar. No existía la idea moderna de que los muertos debían ser instalados en un recinto específico como son los cementerios actuales. Los muertos estaban ahí, en la iglesia a la que se asistía, bajo el piso, en las paredes, en los patios. Vivos y muertos coexistían sin mayores problemas.

III.2. La muerte propia:

A partir de los **siglos XI y XII**, en la Baja Edad Media, las ideas compartidas sobre la muerte en occidente son parcialmente alteradas. No hay una nueva actitud pero si ciertas modificaciones sutiles que darán poco a poco un sentido dramático y personal a la familiaridad tradicional del hombre y la muerte. Comenzaron a prevalecer los valores individuales y se debilitó el sistema comunitario. Cada persona daba mayor importancia a su concepción de sí misma y a su biografía. En ese contexto, la muerte cobró un sentido más dramático y personal; en los medios ricos e ilustrados comenzó a manifestarse un interés por las imágenes de descomposición de los cadáveres; en el rito mortuario empezó a tener importancia el muerto como individuo que desaparece y no sólo como vehículo o expresión de la muerte en general. *“Durante la segunda mitad de la Edad Media, del S XII al XV, se produjo un acercamiento entre tres categorías de representaciones mentales: la de la muerte, la del conocimiento de cada uno de su propia biografía y la del apego apasionado a las cosas y a los seres poseídos en vida. La muerte se convirtió en el lugar donde el hombre tomó, mejor que en ningún otro, conciencia de si mismo”*.¹²

Algunos fenómenos nuevos dan cuenta de la aparición de la preocupación por la singularidad de cada individuo, sin querer con esto decir la idea de destino colectivo de la especie se dejara de lado:

1. Representación del Juicio Final: En la antigüedad, dentro del cristianismo, existía en la idea de que todos los cristianos resucitarían al final de los tiempos, sin juicio ni

¹² Idem. Pág. 56

condena. No había sitio en esa concepción para responsabilidades individuales, para recuentos de buenas y malas acciones. En el siglo XII la escena varía con la aparición de una nueva iconografía inspirada en Mateo: la resurrección de los muertos, la separación de los justos y los condenados. En el S XIII la idea del juicio ha triunfado. Esta idea está ligada a la de biografía personal. Esa biografía se acaba con el final de los tiempos y no con el final de la vida.

2. En la habitación del moribundo también se generan cambios: Supresión del tiempo escatológico entre la muerte y el fin de los tiempos y la sustitución del juicio en el éter del gran día por el juicio en la habitación del moribundo. Dios y su corte están allí para constatar como el moribundo se comportará en el momento de la prueba que se le propone antes de su último suspiro y que va a determinar su suerte en la última tentación. Si rechaza la tentación o si cede ante ella definirá su suerte. Esta prueba sustituye el juicio final.

3. El transi (aparición del cadáver): Se refiere específicamente a las representaciones medievales del cadáver descompuesto. En las ilustraciones de los oficios de difuntos de los manuscritos del S XV, en la decoración parietal de las iglesias y de los cementerios comienzan a aparecer representaciones de momias o cadáveres semidescompuestos. Más raro es encontrarlo en el arte funerario de la época. Ya en el S XVII los huesos y esqueletos se extienden sobre las tumbas y penetran en las casas. La aparición de la momia y el cadáver va dejando paso a la muerte seca. En el horror de la muerte que crece se puede ver el amor a la vida.

4. La sepultura: Hacia el S V las inscripciones se vuelven raras hasta que tienden a desaparecer volviendo a las sepulturas totalmente anónimas. El difunto era abandonado a la Iglesia hasta que lo tomaba a su cargo hasta el día del juicio final. A partir del S XII comienzan a reaparecer las inscripciones funerarias, primero sobre tumbas de personas ilustres. En el S XIII se vuelven más frecuentes. Junto a las grandes tumbas con esculturas comienzan a aparecer pequeñas placas de 20 x 40 CMS que se ponían en los muros de las iglesias. Entre los S XVI y XVIII las placas se vuelven muy comunes. El hombre de la primera edad media no tenía demasiada dificultad para resignarse ante la idea de que somos mortales. A partir de mediados de la Edad Media el hombre occidental, sobre todo el hombre rico y poderoso se reconoce a sí mismo en su muerte, descubre **la propia muerte**.

III.3. La Muerte del otro:

Entre los siglos XVI y XVIII se produce un importante fenómeno en el mundo de la fantasía, de lo imaginario: la muerte se carga de un sentido erótico. Existen innumerables

imágenes en el arte y la literatura de la época que asocian la muerte al amor, Tánathos a Eros. Lo macabro y lo erótico se asocian dando fe de una aprobación de los espectáculos de la muerte y el sufrimiento. Tanto la muerte como la sexualidad se considerarán a partir de este momento como una trasgresión que arranca al hombre de su vida cotidiana. *“Esa noción de ruptura nació y se desarrolló en el mundo de las fantasías eróticas y pasará al mundo de los hechos reales y actuales. Por supuesto, perderá entonces sus caracteres eróticos, o por lo menos éstos serán sublimados y reducidos a la belleza. El muerto no será deseable como en las novelas de terror, pero será admirable por su belleza: es la muerte que llamamos romántica (...)”*¹³ La fascinación mórbida de la muerte expresa, bajo una apariencia religiosa, la sublimación de las fantasías erótico-macabras del período precedente. A finales del S XVIII se percibe la complacencia en la idea de la muerte.

Los cambios en los ritos, si bien se conservan los antiguos usos, muestran una nueva intolerancia a la separación con el ser querido. Siglos antes la gente se aprestaba a realizar los ritos según las costumbres pero se realizaban con un cierto grado de banalidad por el hecho de que la muerte es algo esperable. A partir de este momento los usos dictados no son rechazados, sino todo lo contrario, son cumplidos pero sin ese carácter banal, son cumplidos con una nueva pasión. La emoción inspirada por una fuerte angustia los lleva a llorar, agitarse, rezar, etc. A la conciencia de la muerte propia se sumaba a partir de éste período la idea de la muerte del otro.

En la relación entre el moribundo, su familia, y el resto de la comunidad se manifiestan también ciertas variaciones que permiten vislumbrar cambios en la mentalidad y sensibilidad. Hasta el siglo XVIII la muerte sólo era asunto de aquél que estaba muriendo y el testamento era el vehículo para expresar sus ideas y su fe, sus sentidos y sus voluntades, su apego a cosas y seres; y además era la forma de asegurar la salvación del alma y del cuerpo. Mediante el testamento se comprometía públicamente al ejecutor testamentario, al cura o a los monjes y se los obligaba a respetar las voluntades del difunto.

A partir de la segunda mitad del S XVIII se produjo un cambio considerable en la redacción de los testamentos en todo el Occidente cristiano, tanto entre protestantes como entre católicos, dejándolo reducido a lo que es hoy: un acto legal de distribución de fortunas. Tanto la elección de la sepultura, como las cláusulas piadosas, las mandas de misas y servicios religiosos, y las limosnas desaparecen del testamento marcando su laicización. En un nuevo contexto familiar que se iba forjando en el siglo XVIII, donde los lazos afectivos eran cada vez más fuertes, las voluntades eran ahora comunicadas por el moribundo a sus familiares directamente, lo que marca una nueva confianza hacia sus allegados.

¹³ Idem. Pág. 65.

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

Desde finales de la Edad Media hasta el S XVIII el luto adquiere una fuerza inédita hasta el momento. Éste tenía una doble finalidad: obligaba a los familiares a manifestar, al menos durante un tiempo, una pena que podían sentir o no. Por otra parte, en casos de excesos de pena de los sobrevivientes, daba cierta protección al imponerle un cierto tipo de vida social: las visitas de sus padres, vecinos y amigos, que le eran debidos y en el transcurso de las cuáles sus penas podían liberarse, sin que su expresión superase un límite marcado por las conveniencias.

En el S XIX ese límite fue superado: el luto se desplegó con ostentación. Llegó a parecer que no obedecía una obligación mundana y ser la más espontánea de las reacciones (llantos, pataleos, etc.): esto es lo que la psicología actual ha dado en llamar duelos histéricos.

En resumen: los cambios acontecidos durante prácticamente dos milenios han sido muy lentos y sutiles. La muerte, vista en todo este período como algo que se vive colectivamente, en comunidad, era vista en principio con cierta resignación por ser un hecho natural. Por eso, durante un extenso período los ritos se cumplían según las costumbres pero no sin cierta banalidad. Las creencias tranquilizadoras siempre estaban emparentadas a la idea de la continuidad de la vida de otra forma y estas eran ricas en contenido simbólico.

Más tarde comienza a vislumbrarse la idea de “la muerte propia”, la conciencia de la biografía personal y del valor de la vida, cobrando de ese modo la muerte un carácter más dramático. Llegamos al final de este recorrido con la idea de “la muerte del otro”, idea que cargaba aún más de dramatismo la muerte ya que los sobrevivientes comienzan a vivir la separación con el ser querido de modo angustiante. El monopolio de la Iglesia Católica de todos los ámbitos de la muerte no cesará durante todo el período analizado hasta el momento.

IV) La Muerte en los comienzos del Uruguay independiente:

José Pedro Barrán, en su preciosa “Historia de la Sensibilidad en Uruguay”¹⁴ establece dos períodos con claras diferencias respecto a la sensibilidad reinante en torno a la muerte como a otros elementos constitutivos de la mentalidad de un pueblo: la sexualidad, el carnaval, el juego, etc. Estos períodos comprenden lo que da en llamar “Cultura Bárbara” que abarca las

¹⁴ José Pedro Barrán “Historia de la sensibilidad en el Uruguay”, Ediciones de la Banda Oriental-Facultad de Humanidades y Ciencia, Montevideo, 1993.

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

tres décadas previas y las tres posteriores al comienzo de la vida independiente de nuestro país, y “El Disciplinamiento”, seis décadas (1860-1920) durante las cuáles el Uruguay cimienta su proceso de modernidad y crece económicamente hasta llegar a ser “La Suiza de América” con el advenimiento del Batllismo.

Nos centraremos ahora en el análisis de la “Cultura Bárbara”, período de tiempo que concuerda con el “pre-modernismo” de la muerte en todo occidente. Era esta una época de grandes inestabilidades políticas en la Banda Oriental, con continuas refriegas bélicas debido a la lucha Artiguista por la independencia de estas colonias de la corona española primero, contra el centralismo porteño luego y contra el imperio lusitano más tarde, esto en las primeras dos décadas, y por las continuas disputas de Blancos y Colorados en las que siguieron al génesis de la vida como república. Considerar este aspecto belicista de la primer mitad del siglo XIX no es menor ya que nos acerca a la idea de la muerte cotidiana, cercana. Pese a lo rudimentario del armamento existente en la época las revueltas eran muy sangrientas y aunque en nuestra educación primaria se insiste en mostrar un Artigas piadoso y se machaca a los niños uruguayos con aquello de “Clemencia para los vencidos”, la piedad era una virtud poco extendida en la práctica guerrera de la época¹⁵. Esto ocurría en todos los ejércitos, sean españoles, portugueses Blancos o Colorados.

La muerte se hacía presente de muchos modos, no sólo en los campos de batalla. Presenciar como se daba muerte a los animales era muy corriente y hasta motivos de fiesta tanto en el campo como en la ciudad. Además, era habitual que quedaran tirados en las calles restos de estos animales que mostraban el espectáculo de la descomposición a quién por ahí estuviese. La sensibilidad “bárbara” aceptó y hasta promovió la convivencia con muchas formas de lo macabro: los cadáveres presentes en las misas, huesos y calaveras esparcidos en nichos abiertos y en el suelo de los cementerios, gente que convivía con sus propios ataúdes o con urnas funerarias de sus seres más queridos, etc.

La familiaridad con la muerte se testimonia también a través de los avisos fúnebres. Estos aparecían entreverados con los demás anuncios comerciales en las publicaciones de la época. Se anunciaban carros fúnebres, carruajes para entierros, cajones de toda clase, velas, candelabros, etc. No se consideraba una ofensa el publicar estos anuncios o exponer en vidrieras diferentes objetos funerarios para su venta o alquiler. Los eufemismos no eran un recurso necesario, la sensibilidad bárbara lo permitía.

¹⁵ Son numerosas las crónicas de oficiales antigüistas en donde se narra el destino fatal de los prisioneros tomados en batalla. Otra, muy ilustrativa, termina con la muerte de un emisario de la Junta de Bs As que tuvo la mala suerte de que se le encargue llevarle una carta a “el Jefe de los Orientales”, muy disgustado con la Junta de el otro lado del Plata: Artigas lo mandó fusilar luego de recibirlo. Estás y otras crónicas pueden leerse en “El Caudillo y el Dictador” Ana Ribeiro, Editorial Planeta, 2003.

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

En períodos de paz y siempre y cuando no hubiese peste o fiebre amarilla, el moribundo, al igual que en el resto de occidente, moría en su cama, la que siempre había ocupado, rodeado de sus seres queridos. La muerte fuera de la casa era inconcebible; la idea de morir en el Hospital de Caridad, único existente en el Montevideo de aquellos tiempos era vista con horror: el morir entre extraños, sin la compañía de la familia y los amigos, era la peor forma concebible de dejar la vida. Se asociaba también a dicho hospital con la idea de “moridero”, con la amputación sin anestesia, con el riesgo de infecciones y con un régimen asistencial similar a una cárcel.

Los familiares cercanos y otros no tanto, incluidos los niños (a quiénes la sensibilidad “civilizada” apartó horrorizada de todo lo relacionado con la muerte), acompañaban al moribundo en su agonía y más tarde en su velorio. *“En algunas culturas, agonía y funeral son los hechos más individuales e intransferibles. La originalidad de la “bárbara” fue haberlos socializado por entero”*¹⁶ Según Barrán la socialización de la muerte era una forma de despersonalización que casi siempre tenía el efecto de una “aceptación confiada” de la muerte en sí para el enfermo, y de la muerte de los otros por parte de los deudos. La muerte en solitario era insubsanable, desgarradora, mientras que la muerte en compañía era un hecho consolador e imitable.

La muerte próxima debía ser anunciada a la comunidad y para ello existía lo que se llamaba “El Viático”: *“La muerte que casi todos protagonizaban, la que dejaba tiempo para saber, era anunciada, a los deudos y a toda la comunidad, con bombos y platillos, escandalosamente, y al moribundo, con ceremonial e indicaciones inequívocas (...)El viático era llevado a la casa de los enfermos graves con toda pompa. Las campanadas plañideras anunciaban la salida del sacerdote de la Iglesia. Este aparecía en el atrio precedido por un monaguillo que agitaba una campanilla anunciando la aproximación de lo que ya era una comitiva pues siempre había público que lo seguía y una archicofradía, la de los “Esclavos del Santísimo Sacramento”, estaba especializada en su acompañamiento con velas y hachas encendidas. La multitud, muy numerosa si el enfermo era socialmente importante, penetraba luego en el dormitorio o llenaba los zaguanes, patios y aceras, acompañando al sacerdote en sus rezos y cánticos.”*¹⁷ El valor de esta ceremonia iba más allá de lo religioso ya que era una de las primeras formas que intentaba aliviar la angustia del enfermo y de sus seres cercanos. El viático hacía participar a la comunidad entera del instante de mayor soledad de un individuo.

Las ceremonias de la muerte en esta época estaban fuertemente asociadas al juego, a

¹⁶ José Pedro Barrán, “Historia de la sensibilidad en el Uruguay” Tomo I “La cultura bárbara (1800-1860)”, Ediciones de la Banda Oriental-Facultad de Humanidades y Ciencias, 1993. Cap. VIII, Pág. 176.

¹⁷ Idem. Pág 169.

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

la fiesta. *“Las ceremonias de la muerte en la época “bárbara” llegaron a participar de casi todas las características de lo lúdico, tan predominante en aquella cultura. La muerte de los otros implicaba para sus deudos formas de la fiesta: el estar en comunidad y no solos; el ocio y no el trabajo; la abundante comida y no el ayuno; el abuso de la bebida y no la abstinencia; la exhibición y no el ocultamiento; en el caso de los velorios de los niños, el baile y los requiebros amorosos, y no la quietud, el silencio y la contención impuestas al cuerpo la sexualidad; y por fin, el nexo entre muerte y alegría, sobre todo durante el entierro del Carnaval, y no la identificación absoluta de la muerte con lo majestuoso, lo triste y lo respetable, con una de las formas del Poder, en otras palabras”.*¹⁸

Al igual que en el resto de Occidente la Iglesia y las clases altas buscaban concentrar el dominio sobre la muerte sabedores de que constituía un instrumento de poder. A través del miedo se lograba la disciplina de los sectores populares, se dominaban las pulsiones físicas y se adoctrinaban las mentes. La muerte era competencia exclusiva de la Iglesia católica: era ésta la que llevaba el registro de nacimientos y defunciones, quién se encargaba de los oficios previos y posteriores a la muerte, era también el recinto para los enterramientos, era la destinataria de los testamentos en los que el agonizante ponía en orden sus cuestiones espirituales además de otorgar algún donativo a modo de pago por los servicios.

Tanto para la Iglesia como para la clase alta, la asociación de la muerte al juego y la fiesta era una especie de desafío a su poder, un acto revolucionario. Se intentaba por parte de los sectores dominantes asociar la muerte a lo majestuoso, a la pompa y a la belleza barroca, se procuraba cambiar la imagen de la muerte con grandes esculturas en mármol, con carros de lujo que denotaran seriedad y respeto, se cambiaba el centro del rito que dejaba de ser el muerto y pasaban a ser los signos de status. Pero sólo en los funerales de los poderosos el muerto estaba representado por símbolos de su prestigio; en el resto no se andaban con reticencias, era el muerto el que presidía la ceremonia dentro de su ataúd abierto en el centro del recinto. Incluso a veces se lo llevaba “de paseo” por los lugares que solía frecuentar en vida. Este tipo de irreverencias eran verdaderos ataques al poder social que se escondía tras la muerte. *“La mezcla detonante de risa y muerte en hechos tales como el velorio del angelito y, sobre todo, el entierro del Carnaval, fue a la vez un exorcismo, una ceremonia propiciatoria destinada a ocultar la angustia que provoca la muerte, y una destrucción despiadada de su poder, ya que solo su conversión en objeto de irrisión era capaz de liberar al pueblo del miedo, por la risa”.*¹⁹

¹⁸ Idem. Pág. 197.

¹⁹ Idem. Pág. 201.

A modo de síntesis: al igual que en el resto de occidente la forma de vivir la muerte en el Uruguay de la primera mitad del Siglo XIX era en comunidad, era un asunto colectivo. El moribundo, conciente de su situación, encontraba la calma en sus seres queridos y en los oficios religiosos que aseguraban su correcto pasaje al más allá. Además, la muerte en el Uruguay de esa época presentaba también una cierta banalidad que se ve reflejada en la forma que adoptaban los ritos. Un hecho que le da cierta singularidad a la “muerte bárbara” del Uruguay de aquél entonces es la asociación al juego y a la fiesta, esa apelación a la risa como forma de amortiguar la angustia y como desafío al poder de la Iglesia y de la minoría dominante.

V) La “Muerte Escondida:” un siglo y medio de encubrimiento.

Al llegar a la segunda mitad del Siglo XIX los cambios en la forma de vivir la muerte en la mayoría de las sociedades occidentales, que hasta ese momento se daban de manera lenta y lineal, comienzan a precipitarse. El romanticismo que asociaba a Eros y Thanatos, que permitía y hasta exaltaba las pasiones violentas y las emociones desbordadas, inspiró una visión dramática de la muerte: la consideró terrible pero hermosa y dejó de asociarla al mal; la conexión entre muerte y pecado, y la plausibilidad de un Infierno empezaron a ponerse en duda siendo este un elemento que revela el comienzo de una idea secularizada de la muerte. Los grandes meta-relatos cristianos, entre ellos el del pecado original, que asocia el sentimiento de culpa a la muerte, comienzan a tambalearse como casi toda la doctrina Católica.

El modelo positivista comtiano va ganando terreno de modo que la razón comienza a jugarle una pulseada a la fe, conquistando terrenos filosóficos que antes eran exclusivos de la doctrina católica; así la moralidad, la estética, la legalidad, experimentan grandes cambios que conllevan una nueva estructuración social.

Según Comte, la sociedad ingresa a mediados del siglo XIX en su etapa de madurez intelectual; se inicia una revuelta contra el oscurantismo. En su “Ley de los Tres Estados” explica que la humanidad está destinada a pasar por tres etapas y que la última de éstas está floreciendo: en el **estado teológico**, primera fase del desarrollo intelectual de la humanidad, los hombres buscaban las causas últimas y las leyes de la naturaleza en una dimensión sobrenatural o divina; en la etapa siguiente, el **estado metafísico**, se cuestiona la racionalidad teológica y lo sobrenatural es reemplazado por entidades abstractas radicadas en las cosas mismas (formas, esencias, etc.) que explican su por qué y determinan su naturaleza; a este período intermedio le sigue el **estado positivista**, en el cual ya no se

busca llegar a la esencia misma de las cosas sino descubrir explicaciones acerca de su comportamiento para poder elaborar leyes generales que permitan prever, controlar y dominar la naturaleza.

La mentalidad positivista antepone lo real a cualquier clase de búsqueda de verdades ocultas; el conocimiento debe ser útil, preciso, constructivo y relativo, es decir (no dar nada por absoluto). A este estado le corresponde la sociedad industrial cuya vanguardia está constituida por el mundo científico y los sabios que velarán por este nuevo orden social: el principio que regirá de aquí en más a Occidente sería el de la máxima rentabilidad. La medicina se va introduciendo en los círculos de poder político, lo que cambiaría definitivamente el modo de vida de los hombres, y, como veremos, el modo de morir. El dominio sobre la naturaleza iba forjando una mentalidad optimista, la modernidad comenzaba a gestarse.

Sin embargo, entre tanta algarabía, hay un elemento importante a tener en cuenta cuando se analiza el proceso de cambios en las actitudes ante la muerte en la modernidad de las sociedades occidentales. La introducción de la idea de “la supervivencia del alma en el más allá” de la religión católica constituía un desanclaje de la dimensión temporal de la vida que está delimitada por la muerte, y una idea amortiguadora de la angustia que la idea de la muerte provoca. En este mundo occidental cada vez más secularizado, la idea de finitud es una idea generadora de angustias, el fin es un fin absoluto y el apego a la vida cada vez mayor.

V.1. De la muerte colectiva a la muerte individual:

La nueva mentalidad moderna occidental, la del predominio de la razón, la que iría creando un culto a la salud y el cuerpo, la del gusto por el consumo y la fe en el progreso, alejó en pocas décadas a la muerte y todos sus símbolos e imágenes del ámbito público; rápidamente el carácter colectivo del morir se va desvaneciendo.

Hasta el siglo XIX, el que iba a morir lo sabía, tomaba sus disposiciones, se despedía de sus seres queridos y presidía incluso, de forma anticipada, la ceremonia de su muerte. Pero desde la primera mitad de nuestro siglo es raro que el moribundo sepa acerca de su condición, no sabe que va a morir. Ahora ese saber es patrimonio de la nueva familia nuclear, que en su flamante carácter de entorno afectivo y de contención, irá escondiendo la muerte a los agonizantes, movidos por sentimientos cada vez más fuertes de amor a la vida y apego a los seres queridos, y será ésta únicamente, quizás también algún amigo muy próximo, quién velará por el amparo y el acompañamiento de quién está a punto de morir. Esta conducta da cuenta del deseo de negar la existencia de la enfermedad y de la muerte, y de la incapacidad de tolerar la muerte del otro por el apego y porque nos refleja la propia muerte. La muerte “propia” o “individual” de nuestro tiempo responde al carácter cultural de individualidad que

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

nuestras sociedades imponen a los individuos.

La muerte anunciada por séquitos que llegaban hasta la casa del moribundo, la reunión de seres queridos en torno al agonizante, las señales del luto como los paños negros en los frentes de las casas, los velorios y entierros multitudinarios, etc., van cediendo terreno a lo majestuoso y serio de la nueva sensibilidad que aflora. Desde los sectores dominantes, sabedores de la importancia del domino de la muerte para el control social, enseñanza que les dejara la vieja iglesia católica, comenzaron a delinearse nuevas reglas estéticas y de conducta que irán cargando de una solemne sobriedad todo lo que rodea a la muerte.

Ya sobre mediados del siglo XX comienza el proceso de desaparición de las prácticas del luto, manifestación socialmente regulada del duelo que es la reacción psíquica y física ante la pérdida de un ser querido, y que traduce a la vez la inadaptación de los individuos a la muerte, y el proceso social de readaptación que les permite a los supervivientes cicatrizar sus heridas. Antiguamente el luto servía, más que para ayudar a los muertos en su pasaje al otro estado, para asegurar que este perdure en el recuerdo de los que quedan vivos. Los símbolos del luto eran contundentes a la hora de significar que alguien había sufrido la pérdida de un allegado: la ropa rigurosamente negra, los paños de ese mismo color en el frente de la casa, el cortejo fúnebre, las misas periódicas en su honor y la reclusión por determinado periodo de tiempo, lo cuál aseguraba la reflexión y el recuerdo tanto como las visitas de los seres más cercanos al doliente. Entrando en el romanticismo de los siglos XVIII y XIX nos encontramos que la reclusión va cediendo mientras que se abre paso la demostración del dolor, al derecho de manifestar todos los sentimientos que se viven durante el luto. Explica Philippe Ariès que si trazáramos una gráfica del duelo tendríamos, una primera etapa, hasta el siglo XIII, de espontaneidad abierta y violenta, seguida por otra fase que va hasta el siglo XVIII marcada por la fuerte ritualización, y luego, hasta fines del siglo XIX, nos encontramos con un período de “dolorismo” excesivo, de exaltación de lo fúnebre.

Una vez asentado el sistema de producción capitalista como modelo hegemónico, entendido como aquél en que tierra y capital son de propiedad privada, en el cuál se dan transacciones económicas para el intercambio de bienes y servicios condicionadas por los precios del mercado y cuyo control por parte del Estado es mínimo, ya no hay espacio para la muerte: se han retirado los símbolos, se han extinguido los ritos o si subsisten sólo conservan su carácter tradicional mientras que su sentido se ha banalizado, se ha proscrito el duelo. *“Hoy en día, a la necesidad milenaria del duelo más o menos espontánea o impuesta según las épocas, la ha sucedido, a mediados del siglo XX, su interdicción. En el intervalo de una generación la situación se ha invertido: aquello que recomendaban la conciencia individual o la voluntad general está ahora vedado. Aquello que estaba vedado está hoy en día recomendado. Ya no resulta conveniente ni hacer alarde de la pena ni tan siquiera*

parecer experimentarla.”²⁰ Como si hubiese una obligación moral ante la colectividad, ante los sueños de felicidad de la sociedad moderna, las muestras de dolor deben ser reclusas, privadas. Simbólicamente el rechazo del duelo, tal como hoy se manifiesta entre nosotros, aparece como una nueva forma de negación de la muerte. Esta progresiva desaparición del duelo y los ritos funerarios, o al menos su banalización, suele provocar traumas por la imposibilidad de cerrar las heridas que la muerte provoca. No debemos olvidar que los ritos funerarios tienen como objetivo fundamental superar la angustia que la muerte produce en los sobrevivientes.

Lo que sucede hoy con la muerte es similar a lo que sucedía hasta hace no mucho tiempo atrás con la sexualidad y su restricción al ámbito privado. En las últimas décadas se produjo una inversión de la situación: mientras la muerte se desaparece del ámbito público se libera lo sexual y hasta se lo exalta desde que se descubre su valor comercial. Si miramos una publicación gráfica cualquiera, la televisión, o navegamos por Internet, veremos un sin fin de imágenes sensuales sin importar el producto a vender: un lavarropas, un coche o un seguro. Esto era inaudito hace un siglo atrás mientras que los anuncios de servicios fúnebres y de ataúdes eran normalmente publicados en la prensa escrita.

La única característica que perdura del luto tal como antes es su condición segregatoria a través de los pocos símbolos que quedan vivos en los ritos que lo conforman: la máxima expresión de este simbolismo segregatorio la encontramos en el culto a las tumbas, practica nueva á través de la cual se puede dejar de manifiesto el origen familiar del difunto perpetuando de esa manera las diferencias existentes entre unos y otros. Es característico de la primer mitad del siglo pasado de nuestro país la elaboración de grandes obras de arte para ornamentar las sepulturas. En la actualidad, como veremos, la segregación se marca con la creación de cementerios privados y exclusivos.

V.2. La medicalización de la muerte:

El continuo avance de la investigación científica, el creciente aumento del poder de la profesión médica, y la estrecha vinculación de la medicina con el modelo de producción capitalista constituirse como la disciplina que conserva y readapta la fuerza de trabajo en los nuevos procesos de producción, irían favoreciendo el surgimiento de la “salud pública” en el principio del siglo XX, bajo el supuesto de que el crecimiento económico y científico debería llevar bienestar a los integrantes de la sociedad moderna a través de la universalización de los derechos de la salud, siendo la medicina clínica, cuyo objetivo es el diagnóstico y tratamiento

²⁰ Philippe Ariès “Historia de la muerte en Occidente: de la Edad Media hasta nuestros días”, El Acantilado, Barcelona, 2000. Pág. 245.

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

de la enfermedad en una persona, así como la epidemiológica, que se centra en los grupos humanos, en las enfermedades que afectan en determinado momento a muchas personas en un mismo sitio, en la observación de la distribución y control de las enfermedades y de la puesta en práctica de prácticas preventivas, las principales herramientas que utilizarán las políticas de este ámbito de la política estatal.

La medicina clínica privada, por otra parte, tendrá un continuo crecimiento producto de la aparición de un empresariado médico que marcará una nueva dimensión de la estratificación social: la estratificación social de la salud. Así como llegaron enfermedades de pobres de la mano de la industrialización y el nuevo proceso de producción capitalista, llegarían los médicos para cada clase social. El acceso a determinados tratamientos, medicamentos, o simplemente a la posibilidad de un diagnóstico esta condicionado por la riqueza y la distribución que haga de ella un estado, por ejemplo, en las posibilidades de acceso a la salud. De aquí en más la muerte dejará de poseer un carácter mercantil solamente una vez acaecida sino que el moribundo pasa a ser objeto de mercantilización por parte de la profesión médica.

Progresivamente la medicina va estrechando sus lazos con los centros de decisión: el saber médico le otorgó a sus agentes un status similar al de los sacerdotes durante los largos siglos de dominación de la iglesia católica, o al de los brujos o chamanes en grupos tribales, es decir, el poder de los iniciados en una disciplina valorada como esencial por las utilidades que presta por un grupo en un determinado momento. Dice José Pedro Barrán al referirse al surgimiento del poder médico en el Uruguay del Novecientos: *“El poder médico fue uno de los primeros poderes que en el Novecientos emanó del saber, de la ciencia, es decir, de la forma cultural que asumió la verdad. Su sutileza, la dificultad para aprehenderlo, no le privó de ser terrible por cuanto aludía a la conservación de la vida y le permitía eludir cuidadosamente el dolor y la muerte, en correspondencia con las aspiraciones y negaciones de aquella sociedad.”*²¹

El Estado moderno vela por la salud de sus ciudadanos y por la salud del sistema. La medicalización de la vida humana, utilizando la expresión de Michel Foucault, se expandió de tal manera que la medicina se impuso al individuo codificándolo todo en términos de salud y enfermedad. Hoy en día vivimos bajo un férreo control de las autoridades sanitarias que poseen potestades para incentivar prácticas y el consumo de determinadas sustancias, prohibir otras por nocivas, hacer la vista gorda ante otras. El diagnóstico médico puede llevarnos a la reclusión si se nos diagnostica algún trastorno mental, puede condenarnos a

²¹ José Pedro Barrán “Medicina y sociedad en el Uruguay del Novecientos: Tomo 1, El poder de Curar”, Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1992. Pág. 13.

prisión si comprueba nuestro consumo de sustancias prohibidas. Otra vez Barrán para resumir: *“La medicina, como todo saber, está habitada por ideologías. Ya, como ha dicho Michel Foucault, los ojos y oídos que se dirigen a la realidad, están cargados de significados, de experiencias oídas o vistas, de palabras y lenguajes descriptores de otras realidades que terminan influyendo en la que se pretende describir virginalmente. Y cuando no son los ojos y los oídos los que se dirigen al objeto, sino la inteligencia, más tremendos son los supuestos.”* (...) *“Es que las verdades de la ciencia contienen tanto sutiles como groseras afirmaciones y consejos que derivan del mundo del poder, del orden establecido en su esencia más que en su apariencia. A veces, incluso, esas verdades están directamente emparentadas con el sistema ideológico de las clases –y los géneros- dominantes, pero sin llegar a ese extremo, siempre están vinculadas de alguna manera con lo que deja percibir la cultura en que se vive.*

*Y más las verdades de la Medicina que las de la física o la Matemática, pues las verdades de la Medicina atañen directamente al hombre y su conducta, al mantenimiento de la salud y la negación de su muerte y, por consiguiente, interesan tanto a los modelos productivos como a las concepciones del mundo.”*²²

El fuerte desarrollo médico trajo sus consecuencias sobre la muerte: la defunción de los seres humanos deja de ser un hecho natural para convertirse en una enfermedad. La desnaturalización de la muerte, o su medicalización, lleva a que se mantenga muchas veces con vida a alguien que sin la intervención de aparatos que lo ayudan a respirar, sin cables que lo conecten a un motor de vida, no podría seguir viviendo. La vida es considerada un bien supremo en nuestra sociedad occidental moderna, un bien que hay que cuidar y mantener aunque sea en condiciones precarias y dolorosa, mientras que la muerte es ese momento maldito que rompe con nuestro anhelo hedonista. *“(…) a mayor cantidad y calidad de ciencia, a mayor rapidez y efectividad de técnica, la muerte se convierte en un problema a resolver. Es necesario demostrar que la muerte se puede vencer, o por lo menos dilatar días y días, aún largos meses”*²³. Hemos llegado a un punto en que la vida ya no nos pertenece, quién quiera terminar su vida, quién no la desee, pasará a la categoría de loco o delincuente por atentar contra el supremo bien.

Además, a partir de la revolución científico técnica al hombre moderno no sólo se lo priva del carácter colectivo y público de la muerte sino que también se lo priva de su propia experiencia de la muerte al poner fin a sus días de modo inconsciente, sin dejarle la posibilidad de reflexionar, de organizar sus asuntos y de sentirse acompañado por su entorno

²² Idem.

²³ Daniel Vidart “Para una antropología de la muerte”, Revista de trabajo social Año 1 N°4. Pág 49.

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

afectivo. Morimos de manera científica y aséptica en los hospitales, llenos de cables, monitores, tubos, respiradores, entre desconocidos. El hogar ya no es el lugar indicado, las autoridades sanitarias se han encargado de desplazar el espacio físico de la muerte, de modo que esta está controlada y escondida a la vez: al llegar el agonizante comienza un proceso de observación y diagnóstico que en caso de ser el de una muerte inminente puede acarrearle un inmediato suministro de drogas que lo dejen inconsciente, lo que será entendido como un acto de carácter humano por alejarlo del dolor y de la angustia, pero que conlleva también el alejamiento de la conciencia de la muerte, o bien su mantenimiento con vida a cualquier precio, aunque sea conectado a una máquina, la muestra más paradigmática de la lucha de la ciencia por conservar la vida a cualquier precio. Este moribundo será “mercancía” o “trámite” dependiendo de si es el sector de la medicina privada o la burocracia estatal quienes se hacen cargo de él.

Una vez producido el deceso, rara vez presenciado por más de un allegado si es que lo hubo, el difunto sale por la puerta de atrás, por donde nadie pueda ver a este derrotado que se despide del mundo. *“Todo se hecha a andar para que los vivos no se den cuenta de nada. En unas cuantas horas su presencia se borra, su cuerpo se lleva, su recuerdo se coagula. El ruido de la ciudad oculta el terror. Mezclado con el tránsito, un cortejo atraviesa la ciudad. Un cercado reservado lo acoge. Detrás del cerco una fosa abierta. Algunas palabras al borde de la tumba -siempre las mismas, por otra parte-, de una insignificancia y de una vulgaridad que son como una última agresión. Un cambio de registro civil, una distribución de bienes, simple o complicado; eso es todo. El cementerio mismo plantea problema, ya que el terreno urbano es costoso y el sistema de la maximización de la renta de bienes raíces apenas admite el despilfarro. También, para ganar lugar, la sociedad mercantil prefiere incinerar a los muertos. Quizá llegará el día en que una técnica nueva permitirá prescindir de urna y, al mismo tiempo, de los pocos centímetros cuadrados que necesitan.”*²⁴

V.3 La muerte en la lengua occidental contemporánea :

Considerando que las lenguas, que remiten a la especificidad, o sea: occidental o negro-africano, de clase alta o baja, varón o mujer, etc.- son sistemas de comunicación basados en símbolos de origen psíquicos -palabras- creados arbitrariamente, cuyo signo es acústico, que significan una cosa y no otra porque se han cargado con ese sentido y no con otro, y cuya aparición, vigencia, reconversión o desaparición en el sistema lingüístico dependen de su utilidad y de la relación del significante con el significado (por ej.: la palabra ratón adquirió un nuevo sentido desde la aparición de las computadoras, la palabra flogisto

²⁴ Jean Ziegler “Los vivos y la muerte”, Siglo XXI Editores, 1976. Pág. 158.

ha desaparecido desde que se demostró como falsa la teoría que se basaba en dicho elemento), vemos que la lengua occidental generalmente nos remite a la negación, al ocultamiento, o, al menos intenta suavizar los signos que antes eran válidos en toda su crudeza y que ahora son repudiados por la mayoría de los individuos de éstas sociedades. Expresiones como “Se va a morir” desaparece comúnmente, tomando su lugar otras como “se va a ir”: el mismo concepto cambia de signo para representarse.

En el discurso moderno la muerte aparece poco, muy poco y casi siempre de manera de eufemismos. La lengua de la muerte occidental actual traduce el fanatismo por la negación de la muerte y está fuertemente condicionada por lo profesional y lo comercial: el médico, el empleado de pompas fúnebres, el vendedor de parcelas de un cementerio privado, el sacerdote, el sociólogo, no hablan del mismo modo. Cada manera de referirse a la muerte es variada y a cada una corresponde una lectura diferente. Así, siguiendo la tipología de John Bowker²⁵, encontramos: el **Lenguaje especulativo**: el de los sabios (biólogos, médicos, cuentistas sociales), filósofos, teólogos; es un lenguaje estrechamente ligado a la ideología del que lo habla (materialista o idealista, creyente o ateo, etc.). El **Lenguaje Lúdico**: tiene función de redoblamiento, de catarsis o de evasión, pudiendo ser serio, benévolo, cruel, sarcástico, constructivo, cómico, etc.; es muy común su aparición en las artes. Por último tenemos el **Lenguaje Informativo**: puede adoptar dos formas: **lenguaje comercial o lenguaje publicitario**: introduce a la muerte en una relación de mercado, de competencia, de rentabilidad y búsqueda de ganancias.

El discurso que emerge desde las entidades comerciales que trabajan en relación a la muerte dan cuenta del vaciamiento de significados y el ocultamiento de la muerte. En las ventas telefónicas o cara a cara, en las presentaciones de productos relacionados y todo lo que hace a la estrategia comercial del rubro, la muerte está prácticamente ausente.

A propósito del lenguaje comercial y del publicitario: hace algunos años atrás tuve la oportunidad de hacer un cursillo de preparación para trabajar en el área de telemarketing de un cementerio privado de las afueras de Montevideo, lo que finalmente no ocurriría. Pero puedo decir que dicha preparación es lo que en gran parte motivó esta curiosidad por las actitudes ante la muerte. Esto era más que nada un cursillo de readaptación de expresiones para obtener modos de hablar sin herir a nadie, para tocar un tema sobre el que, según decían los antiguos vendedores, improvisados profesores en ese momento, nadie quiere hablar. Explicaban que no se debía hablar de “muertos”, ni de “enterramientos” si no era necesario y que en caso de hacerlo había que utilizar palabras suaves: ya no hay un “muerto” sino “una persona que se nos fue”, el individuo no muere sino que “parte”, “desaparece”, se

²⁵ Bowker, John “Los significados de la muerte” Cambridge University Press 1996

transforma en el “ausente”. En vez de hablar de una próxima muerte inevitable hablamos de “descenlace fatal”, del “drama”, de la “tragedia”, de la “injusticia”, dándole a la muerte una valoración que la quita de su carácter de ley natural.

Además, es propio de las empresas que tienen que ver con la muerte la negación pura y dura: en nuestro país las empresas de pompas fúnebres son ahora previsoras que lo que ofrecen, entre otras cosas es “*Seguridad y respaldo para toda la vida*” siendo este el más paradigmático mensaje de negación de la muerte que yo haya escuchado en el entorno comercial. Pero no es el único caso: en un folleto de un cementerio parque de la órbita de Montevideo se publicita el “parque”, ya no el cementerio, haciendo referencia a su lago con peces, patos, rodeado de árboles y flores, “*lleno de vida*”.

V.4. La victoria de la naturaleza:

Durante toda la historia de la humanidad el hombre ha sido consciente de su condición de mortal, pero nunca pudo tener experiencia de su muerte. Ha vivido con la consciencia de finitud como especie y por ello ha intentado explicarla a través de grandes meta-relatos y de negarla a través de creencias tranquilizadoras como la supervivencia del alma. Para afrontar la muerte se debía mirarla a la cara y reírse, llorar, o bailar para exorcizarla, pero nunca ignorarla.

Al igual que en las sociedades que nos preceden, en las sociedades occidentales actuales tampoco tenemos experiencia de nuestra propia muerte. Lo que nos caracteriza es que vivimos con más certidumbre que nunca el carácter de finitud e irreversibilidad del deceso y somos los primeros en miles de años que no creamos nuestra sistema de negación tanático, simplemente erradicamos a la muerte de la vida cotidiana, la ocultamos.

En el intento de la ciencia (fracaso al fin y al cabo) y de la sociedad capitalista y su fiebre hedonista por dominar la muerte y sus significaciones, debemos buscar el origen de su ocultamiento: una intencionalidad de nuestra sociedad científico-mercantil, heredera de la angustia por la muerte del otro que se gesta en el siglo XIX, que intenta excluirla de los medios de comunicación, del lenguaje, de la calle, del hogar, de la vida. “*En los centros decisorios de la civilización occidental contemporánea existe un deliberado esfuerzo tendiente a disimular la existencia y persistencia de la muerte en el mundo. Un signo, quizá menor, surge de la propaganda comercial: las empresas de pompas fúnebres ya no son tales, dado que se han convertido en “previsoras”. Otro signo, éste ya de capital importancia, se advierte en el tratamiento que le dispensa al tópico de la muerte el deportivismo y juvenilismo de una cultura cuyas conductas y actitudes, refrendadas por la axiología posmodernista en boga, procuran minimizar la inevitabilidad de aquella, cuya sombra trágica se cernía sobre los sentimientos y pensamientos de las anteriores*

generaciones.”²⁶

Esta privación a la que nos vemos sometidos los hombres se traduce en una supresión de nuestra libertad: un hombre que no reflexiona acerca de la muerte es un hombre reificado al que se le quita una dimensión fundamental de la vida, un hombre que carece de un marco temporal y que dedica su vida a producir y consumir, sin pensar que la arena de su reloj va cayendo, que el último suspiro llegará. Una vida sin muerte es una vida sin sentido, sin sueños, sin luchas. Negar la muerte es negar al hombre.

El control sobre la muerte implica también el control sobre la vida, sobre sus estructuras, sobre sus desigualdades: *“El discurso dominante “naturaliza” la muerte, hace creer en una catástrofe biológica ante la cual los hombres serían iguales. Así pues, la sociedad capitalista, no solamente reduce la muerte a un acontecimiento “natural” pobre, privado de sentido, angustioso, convertido en tabú, sino que todavía se sirve de ese silencio para disimular la desigualdad fundamental de los hombres ante su muerte, por lo tanto en su vida. La violencia simbólica de la sociedad capitalista hace de la muerte un acontecimiento pseudo natural absurdo que pone fin a una existencia que ha construido y juzgado según sus propios parámetros.”*²⁷ Los discursos sobre la muerte dependen de la cultura y poseen una historia. El morir es un hecho social y cultural: las sociedades capitalistas han construido un discurso tanático bajo el predominio de un campo de representaciones basadas en un contexto de avance tecnológico y de creciente predominio del poder del mercado que impone sus máximas de igualdad, democracia y rentabilidad: la muerte no se escapa de este modelo, sería peligroso.

Pero a pesar de todos los intentos de la modernidad de desplazarla hasta convertirla en un asunto puramente individual, por eliminarla de la vida cotidiana hasta transformarla en un tema tabú, de manosearla y utilizarla con fines de control social o mercantiles, la muerte es una verdad ineluctable, y se erige como la victoria de la naturaleza ante todos los embates de la ciencia y el poder por dominarla.

VI)

La muerte en el Uruguay moderno:

Una vez culminada la Guerra Grande (1839-1952) que enfrentara a blancos y colorados, el país empieza un proceso de consolidación nacional pautado por el apuntalamiento de las instituciones. Si bien las décadas siguientes fueron caracterizadas por

²⁶ Daniel Vidart “Vida, muerte, inmortalidad”, Revista Relaciones, N° 87, agosto del 91.

²⁷ Jean Ziegler “Los vivos y la muerte”, Siglo XXI Editores, 1976. Pág. 333.

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

una calma tensa,²⁸ éstas marcan el comienzo de la entrada de un incipiente racionalismo que ya había despertado en Europa varias décadas atrás. En 1862 se crea el sistema monetario nacional, en 1876 se consagraba a la educación como laica, gratuita y obligatoria de la mano de un positivista y anticlerical José Pedro Varela; bajo el gobierno de Latorre se consolidaría el capitalismo agrario apoyado en el alambramiento de los campos y la revolución lanar, lo que atraería a muchos barcos europeos buscando materia prima para su industria textil que experimentaba un auge inédito hasta ese entonces.

Montevideo tenía un gran crecimiento demográfico basado en la llegada de miles de inmigrantes, en su mayoría europeos, que venían a probar suerte a una nueva nación que por momentos daba señales de una paz duradera y un proyecto modernizador, y en la tasa de natalidad en alza, asociada también, a los tiempos de paz que se vivían. De este modo llegamos a contar con unos 220 mil habitantes en el Uruguay de 1860 cuando una década antes el país contaba con unas 140 mil almas. El ingreso tímido en la lógica racional y capitalista así como la nueva conformación poblacional del país traerán aparejados grandes cambios sociales y culturales.

Como respuesta racional a las excesivas muestras de sentimientos y a la irreverencia de la sociedad predecesora surge una nueva sociedad disciplinada, lo que Barrán llama “La cultura Civilizada” (1860-1920). Una nueva sociedad europeizada, que se aferraba a los principios burgueses, debía romper todo lazo con la cultura bárbara, imagen del pasado violento y anómico, sensual y burlón de la moral. Aparece un nuevo código de lo decoroso y lo indecoroso en referencia a la muerte. Dicho código fue elaborado por las clases altas y los dirigentes políticos. Era fundamental que la muerte dejara de ser denigrada por las costumbres “bárbaras” que la asociaban con el juego, la risa y la fiesta y que ganara terreno la dignidad y el decoro. Muerte, seriedad y respeto se asociaron, el poder que otorga el control de la muerte comenzaba a resurgir, ahora en manos civiles, no sacerdotales.

Uruguay comenzaba su proceso de ocultamiento de la muerte desterrándola de la vida cotidiana: cualquier asociación de la misma a su carácter de hecho natural sería visto como algo de mal gusto. A diferencia de sus predecesores, los “civilizados” intentaban esconder al moribundo la gravedad de su padecimiento: a veces éste moría sin recibir los viáticos eclesiásticos por no alarmarlo con la presencia de un cura. No solo al agonizante se le escondía su estado, esto también ocurría hacia fuera, hacia la comunidad: los viáticos se realizaban sin bulla, sin séquito, ni velas encendidas. Por ley debían quitarse los paños negros que se ponían al exterior de las casas luego de que concluía el velatorio. El cadáver ya no era

²⁸ Sirva como ejemplo, para ver que todavía aún perduraban ciertas tensiones, el día 19 de febrero 1868, jornada en que morían asesinados dos ex presidentes: el colorado Venancio Flores, apuñalado en plena calle, y horas más tardes la venganza recaía sobre el que había sido su más duro rivales la política, Bernardo Prudencio Berro.

tan exhibido porque se prohibieron las misas de cuerpo presente y los cajones no podían ser trasladados sin taparse. Por otra parte, las vidrieras de las funerarias no podían exhibir ataúdes y sus ofertas de diferentes clases de velorios con el fin de no herir a la nueva sensibilidad. En el lenguaje también hubo modificaciones: tanto en lo oral como en lo escrito la mención de la muerte fue considerada de mal gusto. Expresiones como “cadáver” o “muerto” cambiaron por “finado” o “restos mortales”, por ejemplo.

La “cultura civilizada” establecía que además de respetable y digna la muerte debía ser majestuosa y bella; de esta forma se encubría la realidad de la podredumbre del cuerpo, se negaba lo macabro. A través de la pomposidad se mantenían las jerarquías y los rangos sociales en el pasaje al “más allá.” De a poco se va sustituyendo el funeral pago, con cantos e iluminación, por carrozas fúnebres y ataúdes fastuosos, panteones con esculturas de artistas italianos, cuadros de seda y oro, etc. La pompa permitía mostrar la posición social mejor que los funerales, además de negar a la muerte por medio del arte. La Iglesia Católica se vio enfrentada a la costumbre que se iba forjando en la época ya que dicha institución insistía en mostrar el “momento supremo” a la comunidad.

En 1835 se inauguraba el Cementerio Nuevo, actual Cementerio Central, que por aquellos años estaba fuera de la ciudad. Anteriormente había otro que data de 1807 en lo que es hoy Andes y Durazno pero este no era más que un corralón donde recibían sepultura los más desposeídos que tenían además la opción del campo santo en los alrededores de las iglesias. Los sectores pudientes seguían siendo enterrados dentro de las iglesias. En el primer predio inaugurado en el nuevo cementerio se hacen presentes las familias de más alcurnia del Montevideo de aquél entonces engalanando las fosas con importantes esculturas importadas, con imágenes características del romanticismo que exaltaban el dolor por la pérdida del otro. Así las columnas trucas representan la muerte de los jóvenes, o aparece esculpido el sobreviviente junto a la sepultura de la amada que murió. En 1859 se intenta darle un marco de más importancia al cementerio para lo que se crean la rotonda, el muro y la entrada principal.

VI.1. El proceso de medicalización en el Uruguay moderno:

Con el vencimiento de la “cultura civilizada” y su racionalidad imperante la valoración de la muerte comienza a ser competencia de la profesión médica. La iglesia y la familia dejan de ser los principales agentes en torno a la muerte también en nuestro país; a partir de las primeras décadas del siglo pasado, la persona que muere lo hace, por lo general, dentro de la jurisdicción médica (el hospital), y una vez certificada su defunción por los médicos el cuerpo entra en la jurisdicción de la reglamentación estatal. El mayor grado de institucionalización de la sociedad ha ido modificando los ámbitos de la muerte. Ya no es la Iglesia la encargada

del registro de defunciones, ni de los cementerios, ni de la atención al moribundo.

Si bien en la primer mitad del siglo XIX hubieron algunos hospitales estos estaban dedicados al ejército y no al grueso de la población. En épocas de tantas refriegas se hacía necesario contar con médicos para conservar la salud de las tropas, aunque estos tenían una formación dudosa desde el punto de vista científico. Pero más allá de algunas excepciones, como la preocupación de Artigas por que todos los habitantes de los territorios que gobernaba fueran vacunados, la idea de salud pública no echaría raíces hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, cuando la legión de trabajadores del cada vez más poblado Uruguay, se convirtiese en el nuevo sujeto de la medicalización que hacía, a través de la conservación de la fuerza de trabajo, su aporte al nuevo modelo capitalista que asomaba.

El 25 de septiembre de 1853 nacería la asistencia médica colectivizada con la fundación de la Asociación Española Primera de Socorros Mutuos. Sobre los últimos treinta años de ese siglo crece el número de médicos uruguayos graduados en Uruguay. La atención médica pasa de ser una cuestión individual tener carácter social. Tanto el Estado como la sociedad civil van creando nuevos servicios de atención médica científica y tecnificada. La antigua Junta de Higiene, que regulaba las cuestiones relacionadas a la salud del joven Uruguay, se transformaba en el Consejo Nacional de Higiene, cumpliendo funciones de legalización de títulos, control de la asistencia, y de regulación de políticas de salud pública (vacunaciones, epidemias, higiene). Según el Doctor José Portillo *“Estos Consejos comienzan a adquirir una estructura burocrática articulada con el resto de los subsectores del Estado y de la economía. El cuidado de la salud y la curación de la enfermedad empiezan a ser evaluados económicamente.”*²⁹ Comenzaba a gestarse “la clase médica”, parafraseando a Barrán, que ocupó los espacios de poder que percibió le correspondían de acuerdo a la naturaleza de su ciencia. Muchas de las funciones de control y disciplina que antes estaban en manos de la Iglesia pasaban ahora a la órbita de la medicina.

Con la expansión de la medicalización se acelera el proceso de secularización de la sociedad uruguaya y comienza a gestarse un proceso de individualización basado en el culto al cuerpo y la idea de la larga vida. De este modo, la búsqueda de la salud orientó, tanto en lo individual como en lo colectivo, las conductas de la nueva sociedad: así la vida larga fue uno de los objetivos a nivel individual y la salud pública una de las obligaciones del Estado.

Ya entrado el siglo XX aumenta el proceso de medicalización de la sociedad civil, de dominio del imaginario colectivo desde el saber y el poder médico, que dura hasta nuestros días. *“Ese modelo médico hegemónico y dominante, hoy vigente, se va imponiendo en el*

²⁹ José Portillo “Historia de la medicina estatal en Uruguay (1724-1930)”, Revista de Medicina del Uruguay, Nº 11, 1995. Pág. 14.

principio de siglo, como un integrante más de la modernidad. La cultura cotidiana es invadida incluso por el discurso de la salud institucionalizada. Incluso el “alma”, tradicional reducto de la religión, es alcanzado por la medicina. Es la época en que los pecados se transforman en enfermedades y el médico (con todo el apoyo del Estado) sustituye al cura. Hay una “moralización de la medicinal y una medicalización de la moral” que se interaccionan recíprocamente“. El control del cuerpo, como el control racional de la inversión y de la producción parece ser una muestra del espíritu racional del capitalismo y en general es una característica de la racionalización occidental”.³⁰

V.2. De la consolidación del estado y la erradicación de la muerte de la vida pública:

Con el primer batllismo llegaría la consolidación del Uruguay moderno. La fe en el progreso de un país robustecido como nación seguía siendo el motor de una oleada inmigratoria que duplicaría la población entre 1900 y 1930 pasando del millón a los dos millones de habitantes aproximadamente. Las guerras y el desempleo expulsaban a miles de europeos que encontraban en éstas costas una naciente industria frigorífica necesitada de manos trabajadoras para sus crecientes exportaciones. Así la balanza comercial del Uruguay se volvía cada vez más favorable aunque el país no salía, nunca lo haría, de la situación de dependencia del resto de los mercados.

La democracia se hacía cada vez más fuerte una vez liquidados los levantamientos blancos de 1903 y 1904 que acabarían con la muerte del caudillo nacionalista Aparicio Saravia en 1904. Poco más de una década más tarde el sistema democrático se consolidaría con la adopción del voto secreto y la representación proporcional consagrados en la constitución de 1917. La matriz estado céntrica se reforzaba con la nacionalización de la banca y de los servicios esenciales (energía eléctrica, telefonía, combustibles, etc.).

Además, el proceso de laicización que había comenzado con la creación de la educación gratuita, obligatoria y laica en 1876, seguido por la obligatoriedad del matrimonio civil en 1885, terminaba de desacreditar a la Iglesia con la Ley de los Crucifijos de 1906, según la cuál debían retirarse todas las imágenes religiosas de los edificios públicos, con la Ley del Divorcio de 1907 y por último con la incorporación de la nueva constitución que establecía a la separación del Estado y la religión.

Bajo el dominio cultural de este Uruguay positivista, laico y cada vez más medicalizado se tejería el entramado de significaciones de una muerte progresivamente

³⁰ José Portillo “Historia de la medicina estatal en Uruguay (1724-1930)”, Revista de Medicina del Uruguay, N° 11, 1995. Pág. 15.

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

erradicada de la vida cotidiana. A mediados de siglo XX la muerte ya había sido eliminada por completo del hogar: la medicina se hizo cargo del moribundo y las empresas fúnebres del muerto y su destino final. Todo lo concerniente a los velatorios se desplazó del hogar a las salas velatorias que tuvieron un gran auge: *“pasaron los años cuarenta, cincuenta, sesenta, la época de oro realmente”* me decía Angel Rogelio Martinelli, uno de los directores de Rogelio Martinelli e Hijos. La costumbre de velar en el hogar a los seres queridos quedaba de este modo desterrada para pasar a estar circunscripta a las empresas funerarias o a los servicios municipales. De este modo se limita a unas horas el tiempo de visitas que antaño podía durar días, no se asocia ningún espacio del hogar a la imagen del cadáver del ser querido que murió y todo lo concerniente al ritual pasa a manos de profesionales quedando los dolientes libres, luego de solucionar ciertos aspectos burocráticos, para vivir esta muerte carente de ritual pero cargada de dolor. Las prácticas sociales que tenían que ver con el luto fueron eliminadas: es hoy muy extraño ver a alguien que viste de negro más allá del día del velorio y entierro de su ser querido, los grandes cortejos se reducen, la solemnidad pierde espacio. Toda muestra de dolor tiene su tiempo y su espacio, luego es una cuestión del ámbito privado.

Los cementerios municipales que en sus orígenes estaban fuera de los límites de la ciudad pasaron a estar integrados a la misma por el gran crecimiento que la ciudad vivió en las sucesivas oleadas migratorias. A su vez, estos fueron experimentando un gradual cambio que da cuenta de la nueva sensibilidad que intenta olvidarse de la muerte. Aquél Cementerio Central majestuoso que se había impulsado desde el “disciplinamiento”, demostración del afán por devolverle a la muerte su poder, su control social y su majestuosidad, sufrió un gran deterioro conforme llegamos a las últimas décadas del siglo XX. Aquella necrópolis digna de orgullo nacional, que competía por su belleza con el Cementerio de la Recoleta de Buenos Aires, según cronistas de fines del siglo XIX, se tornó un lugar sucio y descuidado, con tumbas abiertas o tapadas con chapas de zinc o algún otro elemento, inseguro para las tumbas que son profanadas y para los visitantes que son víctimas habituales de asaltos. El descuido tiene dos causas fundamentales: la primera es la integración masiva de la mujer al mundo del trabajo a comienzos del siglo pasado, ya que era ésta quien habitualmente se encargaba del mantenimiento de las sepulturas de los familiares; la segunda causa está relacionada al ámbito público, al progresivo descuido de las necrópolis por parte de las autoridades municipales que iban dándole vuelta la cara a los servicios tanáticos, dejándolos cada vez más en manos privadas,³¹ mostrando la intencionalidad

³¹ En septiembre del 2006 los trabajadores de necrópolis de la Intendencia Municipal de Montevideo se declaraban en pre-conflicto por la precariedad de las condiciones en que debían brindar los servicios y por el estado de los cementerios y salas funerarias del ámbito de la intendencia.

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

política de desembarazarse del “problema” que la muerte constituye en la actualidad.

Por otra parte, la fisonomía de los cementerios públicos montevideanos (en los pueblos conservan aún una escala más humana) se vio alterada por la incorporación de los panteones institucionales, marca evidente de la sociedad industrial de la segunda mitad de nuestro siglo. Estas grandes y frías moles que acumulan cuerpos, permitiendo una mínima posibilidad de conservación de la identidad del individuo fallecido a través de alguna imagen o inscripción en la lápida, son la solución corporativa para el embarazoso problema de los restos mortales de una población cada vez más numerosa.

Con el avance del siglo pasado se iba conformando un cementerio a imagen y semejanza de la sociedad uruguaya de la época que se mantenía integrada a pesar de la estratificación social: los sectores dominantes en el centro, con sus grandes panteones adornados con obras de arte esculpidas en mármol, irradiando autoridad desde la majestuosidad, rodeados por las tumbas más sencillas pagadas con esfuerzo por la clase media, circundadas a su vez por nichos y panteones institucionales que representan la solución más económica, aún al alcance de los sectores populares. En el nuevo modelo de cementerio que surge en el Uruguay a fines del siglo pasado esta situación de estratificación en un marco de integración se verá modificada.

VII) Los Cementerios Parque: un claro ejemplo de negación:

En la década de los 90’ aparece en nuestro país una nueva opción en lo que a sepulturas se refiere. Aquella imagen de los verdes cementerios de las películas estadounidenses, tan lejanos por distancia y por estructura, se vuelve palpable. Este nuevo modelo de cementerio constituye un claro ejemplo, sino el que más, del “nuevo paradigma de la muerte negada”. Estos trabajan con un producto estrechamente ligado a la muerte y sin embargo ésta está prácticamente ausente en el discurso de sus directores y vendedores, en su publicidad gráfica, televisiva y en sus páginas Web, así como de su concepción paisajística y arquitectónica.

Esta nueva opción, dirigida por sectores empresariales hacia familias de clase media como mínimo, no solo excluye a la muerte de su discurso sino además alude continuamente, en forma de metáforas o de manera explícita, a la vida como un elemento principal a la hora de mostrar su producto. La pérdida de significación de la muerte llega de este modo al extremo, ya no le queda sentido alguno, los ritos desaparecen, los restos van a parar ahora a

un lugar de vida, para vivos... *“Porque la vida continúa”*³²

VII.1. Caracterización de los cementerios parque:

La denominación “Cementerio Parque” hace referencia al entorno natural que los caracteriza y a la vez los distingue de los cementerios tradicionales. Todos los nombres de los nuevos cementerios nos remiten al entorno natural o a la idea de “parque”: así encontramos a “Jardines de Mater Terra”, “Parque del Recuerdo” y “Parque del Reencuentro”, “Parque Martinelli de Carrasco”, “Los Fresnos de Carrasco”. Utilizando nombres botánicos también tenemos al “Parque los Azhares” en Salto y “Los Alamos” en Artigas.

En 1993 abren sus puertas “Los Fresnos de Carrasco”, “Parque del Recuerdo” y “Jardines de Mater Terra” dando inicio a una nueva concepción de cementerios que rompe con la tradicional imagen que los uruguayos teníamos acerca de las necrópolis. “Parque del Reencuentro”, perteneciente a la misma empresa propietaria de “Parque del Recuerdo”, se inaugura en 1995 y “Parque Martinelli de Carrasco” cierra esta lista estrenándose en 1999. Todos estos se encuentran fuera del departamento de Montevideo aunque trabajan en su órbita, además de que cuentan con sus oficinas en la capital amén de las que suelen haber en los propios parques. En el interior del país han ido surgiendo otros como el “Parque los Azhares” de Salto y “Los Alamos” de Artigas.

La concepción paisajística rompe radicalmente con la idea tradicional uruguaya de un cementerio. La vista no tiene más obstáculos que algunos árboles ya que los nichos no tienen cabida en el nuevo modelo; las grandes tumbas con esculturas que homenajean al difunto y dejan clara la procedencia social del mismo son cambiadas por plaquetas, todas iguales, que colocadas sobre el pasto son invisibles si uno no mira hacia abajo. Sobre el césped del parque, un prolijo verde contrastado por vivos colores de flores dejan de lado lo macabro y lo sucio de casi todos los cementerios tradicionales. Lagos, pájaros y flores dan un marco natural al momento de congoja que quién visita o entierra a un ser querido vive normalmente, en lugar del frío mármol y de los gatos que pueblan nuestros cementerios públicos; empleados preparados para brindar un servicio personalizado dan un trato más respetuoso que la mayoría de los empleados públicos de las necrópolis municipales; personal de vigilancia vela en los nuevos cementerios por la seguridad y tranquilidad de los visitantes.

Cada parcela cuenta con tres niveles de sepultura ubicados uno sobre el otro. Sobre la sepultura se coloca una plaqueta con el nombre y la fecha de nacimiento y muerte de la persona allí enterrada. En algunos parques se puede incluir en un margen de la misma algún

³² Un folleto del cementerio Los Fresnos de Carrasco está encabezado por esta irónica frase cargada de doble sentido.

icono religioso como la estrella de David o una cruz, siendo esa la única diferenciación posible entre una plaqueta y otra.

Sus precios oscilan entre los 1.500 y los 20 mil dólares dependiendo del cementerio y de la ubicación de cada parcela: cuanto más cercana esté la parcela del edificio central y de la puerta de acceso al parque más cara será. En todos los cementerios se exige un pago anual, semestral o mensual destinado a la conservación de los mismos que rondan entre los 1000 y los dos mil pesos anuales. Un nicho en las necrópolis tradicionales se paga mensualmente por convenios mediante una cuota que rara vez supera los 50 pesos mensuales, aunque quién quiera gastar miles de dólares en un cementerio tradicional también lo puede hacer mediante la compra de un viejo panteón familiar que puede llegar a superar largamente el precio más alto de una parcela para varios cuerpos en un cementerio parque.

Es importante destacar que el concepto que estas empresas manejan es muy similar al de las del resto del mundo, se importa un modelo que se intenta imponer. Algunos cementerios parque del Uruguay, más precisamente “Parque del recuerdo” y “Parque del Reencuentro” pertenecen a una multinacional que reúne varias decenas de cementerios en todo el mundo, lo que los homogeniza más aún con el resto. Todos manejan la misma estética paisajística y la estrategia de venta, que como veremos son negadoras de la muerte. Quizás la única característica que diferencia los cementerios parque del Uruguay de muchos del resto del mundo es que los nuestros no poseen orientación religiosa.

De la estrategia de venta que utilizan estas empresas, la misma en cada una de ellas, casi sin matices, se desprende la casi total negación de la muerte. El discurso elaborado desde las mismas o, mejor dicho, importado por las mismas, apunta directamente a la resolución de los problemas de los vivos, a la estratificación social de la muerte, y a ciertos aspectos morales que al parecer deberían estar resueltos por toda persona que se considere responsable.

Aquellas cargas de sentido que tenían las antiguas sepulturas bajo la protección de la iglesia que daba resguardo al difunto en su cambio de estado y tranquilidad a su familia por el destino protegido de su ser querido, o la ilusión de enterrar a toda una familia, en el sentido amplio de la palabra y no en el sentido de familia nuclear, para permanecer unidos por toda la eternidad, así como la intención de perpetuar los rasgos de una familia y su status, o las generosas actitudes y las buenas aptitudes (generalmente exageradas) del difunto a través del arte, todo esto no tiene cabida en la nueva propuesta de “los parques”. Se vende un producto exclusivamente para los vivos, lo importante es darle un marco de contención a los sobrevivientes que viven actualmente la muerte con un profundo dolor producto de la idea de fin irreversible.

VII.2. Entorno digno y natural: “la metáfora de la negación”

Hace algunos años tuve la oportunidad de entrevistar a varios vendedores, ex vendedores y a directores de los cementerios parque de la órbita montevideana, así como a varios poseedores de parcelas en los mismos, con el fin de hurgar en el discurso de las empresas y de buscar señales acerca de la percepción de la muerte de sus clientes, así como las coincidencias que pudiesen haber entre una cosa y la otra. Uno de los puntos en donde mayores coincidencias se pueden encontrar es en la imagen de los parques que se proyecta desde el discurso de venta y la imagen que tienen los compradores acerca de los cementerios. Hay que destacar que lo que más agrada a los compradores, a saber, el entorno “digno y natural”, es la propia metáfora de la negación de la muerte.

Las empresas a cargo de los cementerios apuestan a cambiar el aspecto negro y macabro de la muerte uruguaya tradicional. Se le otorga mucho más importancia a lo natural, a lo ecológico *“La gente quiere verde, quiere parque, flores, árboles.”* me dijo la directora de uno de los nuevos cementerios en una entrevista. En los parques no existe el color negro, este fue cambiado por el verde, no hay gatos pero si hay pájaros, el agresivo impacto de los nichos fue sustituido por lagos artificiales, flores y árboles. La dignidad asociada a lo natural, constituye uno de los elementos más fuertes de la imagen que los cementerios parque proyectan de si mismos, es uno de los “caballitos de batalla” más utilizados por estas empresas al difundir sus cementerios. Esta imagen es elaborada en contraste con la imagen macabra de los cementerios tradicionales que dejan traslucir su función de necrópolis.

Al revisar la publicidad gráfica y las páginas en internet de estos cementerios uno puede encontrar fácilmente frases que dan cuenta de esta asociación entre dignidad, naturaleza y vida: *“Donde la naturaleza hace posible visualizar la vida en su verdadera dimensión”, “Marco natural de belleza y paz”, “Un espacio natural que invita a recordar dignamente”, “La armonía de sus espacios verdes permite la intimidad adecuada e invita a la reflexión para recordar a los que ya no están con nosotros”, “Donde espíritu, amor y naturaleza se unen a perpetuidad”, “Dieciséis hectáreas y media de naturaleza”.* Cabe destacar que solamente en la página Web de el cementerio “Jardines de Mater Terra” encontramos una definición de su parque como Cementerio, además de utilizar expresiones como “ataúdes” y “fallecidos”, palabras que parecen prohibidas en el resto de empresas.

“Y además no es entrar a un cementerio tradicional, acá entrás a un jardín. Ahí están los teros, está la naturaleza, las flores, el pasto.” me decía una vendedora de cuando fui a consultar por una parcela para una supuesta tía agonizante. Al parecer había leído bien el manual de ventas ya que en uno que pude obtener decía *“(…)el segundo paso de una presentación exitosa es la “I”, despertar el “Interés” del cliente. Desarrollar el contraste*

entre los viejos y los nuevos modelos de cementerio”. Esta idea es reforzada por una clienta que me decía en otra entrevista “(...) no sentís como que vas al cementerio, no tenés tumbas, no tenés jarrones, no tenés nada de esas cosas, las flores las dejás en la tierra, en la tierra hay una lápida chiquitita entonces dejás las cosas ahí.” Y otra entrevistada decía: “Entonces creo que en definitiva lo que se pretende es que sea un lugar agradable, que no sea un lugar que sientas rechazo, que si tenés que llevar una flor las lleves y no te sientas mal, y realmente es así, en su jardín y no te provoca ningún tipo de rechazo, no te das cuenta, ves una lápida en el piso pero en definitiva no te das cuenta.”

Un alto directivo de otro Cementerio parque comentando acerca de su estrategia de venta decía que llevan a la gente en una especie de carrito de golf ecológico adaptado a recorrer el parque; al preguntarle si el carro era negro contestó: *“No, no, no, no, no, ¡ies blanco! Allá no existe el negro, no existe el monumento como hay en los cementerios tradicionales. En los cementerios tradicionales vos ves los monumentos de piedra, esos que te asustan, te chocan, acá no. Entonces que sucede, entre todo ese entorno natural, ese verde, nosotros lo que tratamos es que el cliente se sienta que está caminando arriba de ese carrito que lo lleva despacito, le van explicando como es el parque... ¡ise vende sólo!”*

Cada vez que los propietarios de parcelas entrevistados daban su porqué acerca de la decisión de comprar en un cementerio parque se referían a la dignidad, siendo este el concepto con mayor poder explicativo que encontraban. La dignidad era asociada de inmediato a lo natural de los parques, a que pueden ir con sus hijos, a la seguridad, y, por supuesto, a la contraposición con lo macabro de los cementerios tradicionales. La idea de ir a un cementerio que no lo parece resulta sumamente atractiva. Un discurso hecho a medida por las empresas que manejan a los cementerios parque.

Aquellos patrones de la “sensibilidad civilizada” y su disciplinamiento, que asociaban a la muerte con lo majestuoso, con la seriedad y con la belleza artística han sido cambiados por otros que ligan a la muerte con la naturaleza. Desde el arte se intentaba esconder la muerte pero sin negarle una carga de sentido. Ahora no hay espacio para representaciones, para declaraciones de dolor por la pérdida como en las sepulturas del período romántico, para las serias demostraciones de poder a través de los grandes y sobrios monumentos de la cultura civilizada, ni para los fríos nichos institucionales que de forma mínima permiten individualizar al fallecido: en el nuevo modelo de cementerios la negación es absoluta e intencionada.

VII.3. La moralidad exógena:

“Voy a demostrarle porque es de una pareja madura y armónica el planificar la protección cementerial antes de que haga falta” dice el ya mencionado manual de ventas en

el capítulo referido a los aspectos emocionales que se deben tocar en una venta. Desde los nuevos cementerios surge un discurso según el cual toda aquella persona que se jacte de responsable debe tener resuelta su sepultura y no cargar a sus seres queridos con un problema que puede resolverse de manera anticipada. *“No deje que los suyos hagan mañana lo que usted puede hacer hoy.”* dice un folleto; y otro: *“Porque decidir antes es decidir responsablemente, evitándole a su familia la necesidad de resolver un problema inevitable en momentos dolorosos.”*

Suele utilizarse la comparación con los seguros de vida, teniendo en cuenta que éstos tienen mucha difusión entre los potenciales clientes de un cementerio parque, para explicar porqué es una actitud responsable tener una parcela en un cementerio parque. Para ilustrar esta idea volvamos al manual de ventas: *“Sabe una cosa Sr..., estoy seguro de que ud. ha tomado muchas decisiones para proteger a su familia. Cosas como seguros de vida, contra robo, seguro de salud, etc. (...) Ud. tomó todas las decisiones previendo cualquier tipo de emergencias imprevistas, protegiendo a ud. y su familia de todo tipo de catástrofes. Ahora bien, estas emergencias pueden no ocurrir nunca (...) ¿No le parece que tiene sentido el protegerse de esta emergencia en particular que sabe que ocurrirá?”* Luego explica que de no contar con esta protección una buena parte de su seguro de vida puede destinarse, en caso de su fallecimiento, a la compra de una parcela por no haberlo hecho con tiempo *“¡Otro contraste! Conservar la herencia o quitársela a la esposa e hijos. El les está mostrando el camino correcto y el camino difícil.”* En otro fragmento se resalta la inteligencia de ser una persona previsora. En un imaginario diálogo entre un potencial comprador y un vendedor el cliente expresa que su seguro de vida se encargará de la solución funeraria, a lo que el vendedor contesta: *“Sr. Socca, lo felicito por ser tan previsor, su esposa deberá sentirse muy tranquila de contar con esa protección en caso de que algo le pase a usted. Pocos hombres proveen adecuada protección a su familia y es un privilegio estar hablando con una persona tan inteligente y considerada como Ud. Quisiera que considere la adquisición de una parcela como protección adicional.”*

Aquí surge nuevamente la cuestión de la muerte como problema para los vivos y la exclusión de cualquier sentido de las acciones a tomar en cuenta en función de la persona que muere. Toda acción a realizarse que se desprenda del hecho de una muerte acaecida o próxima es tomada ahora por los que gozan de buena salud, según los nuevos patrones de conductas sociales que derivan de la muerte. Según el corriente “modo inconsciente de morir” de la actualidad aparece como algo lógico que sean los demás los que resuelvan estas cuestiones o uno mismo pero con mucho tiempo de anticipación.

Hasta hace poco más de un siglo atrás era habitual que el propio moribundo resolviera en su lecho de muerte las cuestiones pendientes quedando su voluntad manifiesta

en su testamento. La cuestión en si de no dejar asuntos sin resolver a su familia surgía normalmente de la propia persona, incluso la cuestión de los restos mortales. Si la persona era de una familia acaudalada dejaría un donativo para la iglesia que le aseguraría un lugar dentro de sus muros, en otro caso debería conformarse con estar en sus alrededores. En cambio ahora, en el mundo de la muerte inconsciente y escondida, la cuestión de resolver el destino final de los restos aparece planteada desde éstas empresas de una forma exógena, apelando al miedo y los discursos acerca de la moralidad.

La muerte se revela como un “problema” a solucionar para las generaciones futuras. *“De todas formas vos sabés que puede pasar en cualquier momento y de repente dejás a hijos chicos con un montón de problemas y bueno, es una necesidad que tenemos que ver”*, decía una clienta mostrando que la idea de responsabilidad estaba interiorizada en ella.

VII.4. De la estratificación a la exclusión social:

La apelación a la pertenencia a un círculo selecto es otra de las prácticas utilizadas desde las direcciones de los cementerios parqueizados. Los precios mínimos de las parcelas están fuera del alcance de los sectores populares lo que los excluye de toda estrategia comercial: *“A la clase social baja en estos momentos no le entrás con nada porque ni hablar de que es totalmente inviable, no saben como pueden llegar a fin de mes y alimentar a sus hijos, no le vas a hablar del tema de la muerte.”* decía una vendedora. Nuestra mermada clase media es todavía un objetivo viable para las ventas aunque se deban hacer planes de financiación de muchos años. El objetivo principal de estas empresas lo constituye la población con un poder adquisitivo elevado y esto se ve reflejado en la construcción de la imagen de los cementerios parque. Las personas que aparecen en las fotos de los folletos publicitarios marcan siempre un nivel socioeconómico alto. Visten elegantes trajes o de forma más bien casual, firman con lujosas lapiceras y son rubios, claro está.

La búsqueda de crear un sentido de pertenencia a un sector exclusivo de la sociedad aparece, a veces explícitamente y otras de modo solapado, en la propuesta de estas empresas. En el manual de ventas aparece una incitación a esta práctica como estrategia de venta: *“Hay otra forma de técnica narrativa muy efectiva, se trata de una lista de propietarios. Es muy sabrosa para darle confianza al cliente al ver que muchos nombres prominentes aceptaron nuestro plan”(…)* *“Pero lo importante es que el cliente pueda comparar la historia con su propia situación. Debe poder verse a si mismo y a su familia en los personajes de las historias. Debe poder verse en la lista de los propietarios.”* Y otra vez aquella vendedora tan apegada al manual me decía cuando me presenté como interesado en comprar una parcela del cementerio: *“Hay gente que tiene poder adquisitivo de comprar las de más adelante porque quieren estar cerca del edificio central, hoy por ejemplo estamos enterrando en este*

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

sector (señala uno de los sectores más caros) al hermano de Carlos Perciavalle.”

Una vez dentro del cementerio no existen casi diferencias. A efectos de poder establecer diferentes precios se diferencian sectores siendo los más caros los más cercanos al edificio que además suelen poseer más vegetación. Más allá de eso no hay diferencias: *“Entonces dijimos : acá en la tierra todo el mundo es igual, no hay monumentos, no hay distinciones más que en algún lugar hay más flores que en otro y en la entrada es más caro que allá, pero eso, a la hora que vos entrás allí todo está en la tierra, todo el mundo tiene una lápida igual, una chapita de mármol que dice el nombre y la fecha. Me parece que hay algo de la no clasificación en riqueza /pobreza, se da una cosa linda”*. Esta percepción de una propietaria de una parcela en un cementerio parque da cuenta del grado de igualdad que se manifiesta al interior del cementerio. Lo que no observa esta persona es que estamos ante una igualdad excluyente, que representa a la actual sociedad uruguaya que tiende a encerrar a los ricos en barrios y en cementerios exclusivos y margina a los sectores más pobres a las zonas periféricas y a los tubulares del Cementerio del Norte.

VIII)

Conclusión:

En las sociedades industrializadas la muerte ha desaparecido de la escena pública. En el estado actual de las cosas, en la era de la racionalidad y la ciencia, se nos presenta al mundo como un lugar de libertad que ha derrotado al antiguo oscurantismo religioso. Entre tanto hedonismo y consumismo frenético parece que no podemos encontrar un espacio para pensar en nuestra propia naturaleza, en nuestro destino de mortales.

Vivimos en un país en donde, al igual que en la mayoría de occidente, no vemos ni pensamos en ciertas cosas que nos alejen del imperativo de felicidad social. Desde la eliminación de las ideas de “la muerte como castigo” y “la sobrevivencia del alma”, la muerte se ha convertido en la idea de “fin absoluto” y eso asusta, genera pánico, más aún en un estado con una larga tradición de laicidad. Pero este miedo no es exclusivo de nuestro tiempo, siempre existió. La diferencia radica en que el nuevo paradigma científico, que lucha por vencer a la muerte, lo único que puede hacer es confirmar la idea del fin, la idea de vacío absoluto. La ciencia puede explicar las causas pero, fiel a su naturaleza debe ser objetiva por lo que se restringe a lo demostrable, a lo fáctico. Toda explicación filosófica acerca del después, toda valoración de la muerte como justa o inmerecida, temprana, cruel o sosegadora escapan al campo de lo científico.

Ante este panorama quedamos enfrentados a la más certera y aterradora idea de finitud. Lo que antes era un elemento de control social por medio de un sistema de premio y castigo que podía llevarnos a la salvación o al sufrimiento eterno en función de nuestra conducta en este mundo, se convierte ahora en un punto débil del sistema social, en un fracaso. Y en este mundo occidental que enarbola la bandera de la libertad se nos roba la posibilidad de la conciencia de la muerte, se nos roba una porción de libertad.

La muerte restringida al mundo doméstico, médico y mercantil, esta muerte escondida, se ha ido vaciando de significaciones. Los ritos funerarios, que han estado siempre bajo un celoso control social, están casi extinguidos en la era de la muerte-transgresión, y los que quedan son banalizados. Algunos de las formas modernas de rito, como las sepulturas en los nuevos cementerios parque, son la mismísima representación de la negación moderna de la muerte. Desde el sector privado, quien tomó las riendas del control de los ritos funerarios, se promueve una muerte invisible, “a cajón cerrado,” sin monumentos, una muerte higiénica, tal como dictan los parámetros científico-técnicos.

Pero este intento de ocultar la muerte tiene sus derivaciones “(...) las civilizaciones de acumulación de bienes tratan de ocultar el pensamiento de la muerte; negación suprema,

“La Muerte Escondida”: evolución de la mentalidad occidental en la forma de vivir la muerte: una mirada al Uruguay (1800-2000).

*pero la muerte espanta más, cuando se presenta, si es reprimida, y amenaza con volverse obsesiva. ¿No es corriente comprobar que allí donde el duelo es práctica general, institucionalizada y codificada, no se encuentran prácticamente “duelos patológicos”, al contrario de lo que ocurre en Occidente, donde todo está organizado para evitarlo?”*³³

Debemos orientarnos a la realización de duelos completos en que podamos recordar a nuestros seres queridos sin restricciones temporales ni espaciales y que nos permita situarnos a nosotros mismos ante nuestra propia muerte, a enfrentarla y aceptar nuestro destino de mortales para de ese modo reconquistar el tiempo y nuestra condición de seres humanos. El retorno de la conciencia de la muerte sería conquistar un espacio de libertad que se nos ha quitado. La conciencia de la muerte nos remite a la dimensión temporal de nuestra vida en el mundo: una vida que excluye a la muerte, que la desnaturaliza, pierde el sentido de lo realmente necesario en una existencia que es finita.



³³ Louis-Vincent Thomas “La Muerte, una lectura cultural”, Paidós Studio, 1991. Pág 347.

Bibliografía:

- Alisalde, Alcira Mariam “Clínica con la Muerte” Amorrortu Editores 1996
- Ariès, Philippe “Historia de la Muerte en Occidente: Desde la Edad Media hasta nuestros días”, El Acantilado, Barcelona, 2000.
- Barley, Nigel “Bailando sobre la tumba” Editorial Anagrama – Barcelona 2000
- Barrán, José Pedro: “Historia de la sensibilidad en el Uruguay”. Tomos I “La cultura Bárbara (1800-1860).” Ediciones de la Banda Oriental – Facultad de Humanidades y Ciencias 1993
- Barrán, José Pedro: “Historia de la sensibilidad en el Uruguay”. Tomo II “El Disciplinamiento (1860-1920).” Ediciones de la Banda Oriental – Facultad de Humanidades y Ciencias 1993
- Barrán, José Pedro “Medicina y sociedad en el Uruguay del novecientos: Tomo I, el poder de Curar” Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1992.
- Baudrillard, Jean “El interaccionismo simbólico y la muerte” Editorial Monte Ávila, Caracas, 1992.
- Blanck – Cerejido, Fanny / Cerejido, Marcelino “La muerte y sus ventajas” Fondo de Cultura
- Bowker, John “Los significados de la muerte” Cambridge University Press 1996
- Derrida, Jacques “Dar la muerte” Paidós 2000
- Freud, Sigmund “Obras Completas” Tomo XIX Amorrortu Editores 1975
- Llanes, Martín “Percepción y mercantilización de la muerte”, trabajo realizado en el ámbito del Taller Centra: “Sociología de la Salud”, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República Oriental del Uruguay, febrero del 2005.
- Morin, Edgar “El hombre y la muerte” Kairós 1974
Económica 1997
- Portillo, José “Historia de la medicina estatal en Uruguay (1724-1930)”, Revista de Medicina del Uruguay, N° 11, 1995.
- Vidart, Daniel “Para una antropología de la muerte” Revista de Trabajo Social” Uruguay Año I N° 4.
- Vidart, Daniel “Para una Etnología de la Muerte”, Revista Relaciones, N° 84, mayo 1991.
- Vidart, Daniel “Vida, muerte, inmortalidad”, Revista Relaciones, N° 87, agosto de 1991.
- Ziegler Jean “Los Vivos y la Muerte”, Siglo XXI Editores, 1976.

ANEXOS:

D)

Objetivos del trabajo:

El **objetivo general** de este trabajo es mostrar la crisis occidental en su forma de vivir la muerte.

Como **objetivo específico** aparece la identificación de los cambios en la mentalidad uruguaya a partir de los años previos a la gestación de nuestro país hasta la década de los 90' del pasado siglo, de la "cultura bárbara" de J. Pedro Barrán a la implantación de los nuevos cementerios parque, el nuevo discurso thanático y el nuevo modelo de muerte. Analizar los cambios producidos a la luz de la teoría utilizada en el marco teórico de este trabajo.

Hipótesis:

La forma occidental de afrontar la muerte está en crisis ¿Por qué crisis? Porque la muerte que durante casi dos milenios ha sido aceptada y merecedora de innumerables ritos cargados con un gran simbolismo y una doble finalidad: ayudar al muerto en su pasaje al más allá, y por otro lado, lo más importante, ayudar a los vivos a superar la angustia del momento. La muerte, además, se vivía como un hecho colectivo, la comunidad entera participaba de este momento acompañando al moribundo en sus últimos instantes de vida y a sus supervivientes en el tiempo que proseguía. Las creencias tranquilizadoras y los usos y costumbres fúnebres han sido objeto de una lenta variación desde los orígenes de la cristiandad hasta el comienzo de la modernidad. A partir de la segunda mitad del siglo XIX asistimos una verdadera revolución en la mentalidad, a esta crisis, a este vacío de contenido simbólico en los ritos, a la desaparición del duelo y el luto de los espacios públicos, a la mercantilización de la muerte sin nombrarla, a su creciente estratificación, a la "muerte escondida".

Esquema de Trabajo:

1. Fundamentación del trabajo:

La muerte como hecho social

El abordaje de las Ciencias Sociales al tema.

2. Evolución de las actitudes ante la muerte:

Concepto de Rito y Ritual Funerario

Recorrido histórico por la evolución de la mentalidad occidental y revisión de la sensibilidad uruguaya tomando como referencia el análisis de José Pedro Barrán en su “Historia de la Sensibilidad en el Uruguay”

3. La “Muerte Escondida”:

Análisis teórico del estado actual de la mentalidad en torno a la muerte: muerte en el ámbito privado (desaparición de la muerte de los espacios públicos), vaciado simbólico de los ritos, supresión del luto, eliminación de imágenes y conceptos referidos a la muerte en el discurso thanático.

Medicalización como punto de inflexión en el cambio de sensibilidad.

Cementerios parque: un ejemplo del cambio en la mentalidad en el Uruguay.

II)

Aspectos metodológicos

Este trabajo presenta un marcado énfasis teórico con el propósito de dar luz a los cambios acaecidos en la mentalidad occidental acerca de la muerte desde diferentes posicionamientos dentro de las ciencias sociales: sociólogos, antropólogos e historiadores mezclan sus voces para dar forma, al menos ese es el intento, a un cuerpo coherente de ideas que nos acerquen a una realidad poco explorada en estas latitudes.

La última parte contiene el aspecto más empírico del trabajo de donde se desprenden datos que en interacción con la teoría presentan una idea más acabada acerca de la “realidad” abordada.

Abordaje desde el Paradigma Cualitativo:

Este trabajo se construyó sobre una base sociológica:

- su objeto de estudio, a saber, “la evolución de la mentalidad occidental acerca de la muerte de larga duración”, es una realidad factible de ser abordada desde la sociología.
- a partir de la utilización de métodos y técnicas de investigación propios de esta disciplina, tanto empíricos como no empíricos (como la revisión bibliográfica y su posterior síntesis).

Por la naturaleza del objeto de estudio y por la elección de las técnicas de investigación que creí más adecuadas para su análisis nos situamos dentro del **paradigma cualitativo** de la investigación sociológica. Al hablar acerca de un paradigma debemos remitirnos a la manera en que conocemos lo que conocemos y a la naturaleza del objeto que queremos abordar. Khun definió a un paradigma como “*un conjunto de suposiciones interrelacionadas respecto al mundo social que proporciona un marco filosófico para el estudio organizado de este mundo.*”¹ Valles, al referirse a éste tema, recurre a Guba y Lincoln al plantear que “*Según estos autores, los paradigmas deben entenderse como sistemas de creencia básica (principios, supuestos) sobre: A) la naturaleza de la realidad investigada (supuesto ontológico); B) sobre el modelo de relación entre el investigador y lo investigado (supuesto epistemológico); C) sobre el modo en que podemos obtener conocimiento de dicha realidad (supuesto metodológico).* No se trata, por tanto, de aspectos de método únicamente. El paradigma guía al investigador: además de la selección de datos, en aspectos ontológica y epistemológicamente fundamentales. Los tres componentes principales de cualquier

¹ T.D. Cook y Ch. S. Reichardt “Métodos cualitativos y cuantitativos en investigación evaluativa” Ediciones Morata, S.L. Pág 60.

paradigma se hallan interrelacionados. De modo que la creencia básica o principio que asuma el investigador, en el nivel ontológico, le debería llevar a adoptar posturas consonantes en los planos epistemológico y metodológico.”²

Cook y Reichardt caracterizan al paradigma cualitativo por poseer un fundamento humanista para entender la realidad social, que concibe a la vida social como la creatividad compartida de los individuos y que la realidad es percibida como objetiva, viva y cognoscible para todos los participantes de la interacción social. El mundo social es visto como cambiante y dinámico, no se concibe al mundo como una fuerza exterior independiente del hombre, al contrario, existen múltiples realidades. Los individuos son los agentes activos en la construcción de dichas múltiples realidades; a través de un proceso negociado emerge una trama aceptada de interacción. Es muy importante, además, comprender las diferentes situaciones desde la perspectiva de los participantes.

La realidad a abordar tiene un aspecto fáctico e invariable que es la muerte siendo sus derivaciones en las actitudes de los occidentales el objeto de estudio de este trabajo, su carácter ontológico.

A la hora de abordar metodológicamente se dividió el trabajo en dos etapas bien marcadas:

1. Una primera parte del trabajo, la que comprende el análisis histórico hasta la primer mitad del siglo XVIII y los cambios ocurridos en Uruguay y el resto de Occidente a partir de lo que desde el mundo académico se ha dado en llamar “modernidad”, se apoya sobre la revisión de autores que, o bien han producido empíricamente sus propios datos o que teorizan con datos obtenidos por otros investigadores; esta es la parte no empírica del trabajo.

2. La segunda parte, que ocupa el último tercio del texto aproximadamente, es la más rica a nivel metodológico y la que remite a datos empíricos entendiendo a estos como “*datos recogidos de la realidad*” a partir de la utilización de ciertas técnicas y métodos. Este segmento del trabajo se basa en datos recogidos por mí en el marco de la realización del trabajo de Taller Central de Investigación “Sociología de la Salud” cursado en la Facultad de Ciencias Sociales, de la Universidad de la República, entre los años 2002 y 2003. El trabajo titulado “Percepción y mercantilización de la muerte” tenía como objetivo analizar si los sectores altos de la sociedad uruguaya han variado su forma de percibir la muerte, tomando como referencia a la forma “civilizada” de muerte que establece J.P. Barrán en su “Historia de la Sensibilidad”, y que relación hay, si es que existen cambios, entre éstos y la aparición

² Valles “Genealogía histórica y planteamientos actuales acerca de la investigación cualitativa” Pág. 49.

de la última innovación en materia de mercantilización de la muerte en nuestro país, a saber, los cementerios parque.

A partir del marco teórico creado en la parte mas extensa de este trabajo y de los datos recogidos para aquél otro se vuelve a poner en el microscopio sociológico al modelo de muerte que surge a partir de la creación de los cementerios parque que trabajan en la órbita de Montevideo con una doble finalidad:

1. hacer más visibles los cambios operados en la mentalidad occidental de la muerte desde un ejemplo que nos sea cercano y aprehensible.
2. dotar al trabajo de una mayor consistencia empírica y metodológica, para alejarlo así de la mera revisión y síntesis bibliográfica y del ensayo literario o periodístico. La inclusión de datos obtenidos a partir de la aproximación a nuestra “realidad“, siempre inalcanzable, siempre inexistente en forma fáctica, permiten la vinculación de datos empíricos con conceptos teóricos logrando de ese modo una fortaleza mayor de las ideas vertidas, un esquema explicativo más sustentable.

Acerca de las técnicas metodológicas utilizadas:

Para recoger los datos de la “realidad” uruguaya se diseñó una metodología de trabajo que presenta como principal característica el cruce de diferentes técnicas metodológicas.

Las **entrevistas en profundidad de tipo semiestructuradas** fueron utilizadas para indagar a los clientes de los nuevos cementerios en la búsqueda de una aproximación a su percepción acerca de la muerte y a la valoración que realizan acerca de los nuevos cementerios y la imagen de muerte que estos proyectan. También se utilizó este tipo de entrevistas con directores, vendedores y ex vendedores. *“Podríamos definir la entrevista como una técnica, dentro de la metodología cualitativa, que se utiliza para obtener información verbal de uno o varios sujetos a partir de un cuestionario o guión.”*³ Para A. Blanchet una entrevista de investigación puede ser definida como *“(…) una entrevista entre dos personas, un entrevistador, y un entrevistado, dirigida y registrada por el entrevistador; este último tiene como objetivo favorecer la producción de un discurso lineal del entrevistado sobre un tema definido en el marco de una investigación.”*⁴

La elección de esta técnica se debe a que una entrevista semiestructurada me permitía la sistematización de ciertas preguntas que creía indispensables, así como su más fácil análisis al ser sometidas las respuestas a comparaciones y cuantificaciones. A su vez,

³ Silvia Aguirre Cauhé en: Angel Aguirre Baztán “Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural” Alfaomega Grupo Editor 1997 México D.F. Pág. 172.

⁴ Alain Blanchet en “Técnicas de investigación en ciencias sociales: Datos, observación, entrevista, cuestionario”.

me permitían mover con más soltura cuando surgía un tema de interés e el que quisiera profundizar. Para establecer la variable “nivel socioeconómico” de los compradores necesitaba un cuestionario cerrado pero al momento de hablar de “percepciones” debía estar atento y abierto al diálogo. Además, el tema de la muerte moviliza muchas emociones y más de una vez los recuerdos hicieron aparecer lágrimas y suspiros en compradores entrevistados, por lo que un rígido cuestionario podría incomodarlos por su frialdad o hacer que se mantuvieran distantes.

Otra técnica utilizada en dos ocasiones fue la **observación participante**, o al menos una aproximación a la misma. *“Su propósito es la obtención de datos acerca de la conducta a través de un contacto directo y en términos de situaciones específicas en las cuáles sea mínima la distorsión producida en los resultados a causa del efecto del investigador como agente exterior” (Kluckholm, 1940, p. 331).*⁵ Buscando una forma de control a la veracidad de los datos surgidos de las entrevistas con los directores y vendedores de las empresas a las cuáles los cementerios parque pertenecen, me presenté en las oficinas de dos de estas empresas, micrófono escondido mediante, como un interesado en comprar una parcela: la primera vez como un comprador urgido por una muerte inminente y la segunda como un interesado a largo plazo. La idea era contrastar la información proveniente de las entrevistas con la que surgía de estas “actuaciones”, ver por ejemplo, si lo que se decía en las entrevistas formales acerca de la forma de hablar de la muerte desde las empresas era así al momento de una potencial venta, si se la mencionaba o no, si se apelaba o no a cuestiones de pertenencia a un determinado escalafón social para una venta, entre otras cosas. El material recogido fue muy importante en el posterior resultado del trabajo.

La tercera y última técnica fue el **análisis del material gráfico** de estas empresas buscando desentrañar el discurso manifiesto y el discurso latente, si es que lo hubiese, de cada una de estas empresas. Se sometía el material obtenido a “un interrogatorio” con el fin de establecer que parámetros regían el discurso en la publicidad de los cementerios. Otro elemento analizado fue un manual de ventas de uno de los cementerios que marcaba las principales pautas para referirse a la muerte y los sentimientos que se debían evocar para una venta exitosa.

Acerca del dominio empírico:

1) Unidades de Observación:

Narcea S.A. de ediciones 1989. Pág. 91.

⁵ María Teresa Anguera Aguilaga en: Angel Aguirre Baztán “Etnografía. Metodología cualitativa en la investigación sociocultural” Alfaomega Grupo Editor 1997 México D.F. Pág. 77.

- Individuos que hayan comprado una o más parcelas de un cementerio parque.
- Vendedores y personas que detenten un cargo de responsabilidad en cementerios parque.
- Material documental: folletos, un manual de ventas, contratos, y reglamentos de los diversos cementerios parque.

2) Unidad de Análisis:

- El discurso de personas con cargos de responsabilidad y de vendedores de cementerios parque; el discurso de propietarios de parcelas en los mismos; el discurso que se extrae del material documental.

La Muestra:

- **Cientes:**

Nº	Sexo	Edad	Educación Formal	Ocupación	Barrio	Cementerio
1	Masculino	53	Terciario incompleto	Comerciante	Carrasco	Martinelli Los Fresnos
2	Fem.	67	Secundaria completa	Jubilada	Pocitos	Martinelli
3	Fem.	50	Terciario completo	Trabajadora Social	Capurro	Pqe. del Reencuentro
4	Fem.	57	Terciario Completo	Psicóloga Maestra (no ejerce)	Pq. Batlle	Pqe. del Recuerdo
5	Fem.	53	Secundaria completa	Desocupada	Carrasco	Los Fresnos
6	Fem.	50	Terciario completo	Contador	Pocitos	Pqe. del recuerdo

- **Directores, vendedores y ex vendedores:**

(No cuento con los datos de las vendedoras que me atendieron cuando me presenté como cliente en los cementerios Jardines de Mater Terra Y Los Fresnos de Carrasco).

<i>Cementerio</i>	<i>Sexo</i>	<i>Cargo</i>	<i>Edad</i>	<i>Educación Formal</i>
Martinelli	Masc	Director	29	-
Pqe. del Recuerdo y del Reencuentro	Fem.	Vendedora	50 aprox.	Secundaria completa
Mater Terra	Fem.	Directora	50 aprox.	-
Los Fresnos	Fem.	Ex – Vendedora	54	Secundaria completa
Pqe. del Recuerdo	Masc	Ex - vendedor	35	Terciario incompleto
Los Fresnos	Fem.	Directora	45 aprox.	Terciario completo